

# ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-  
TES · LITERATURA · PASATIEMPOS · CURIOSIDADES  
~ VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS ~

DIRECTOR - PROPIETARIO

VICENTE VALERO DE BERNABÉ

15 DE JUNIO DE 1923

AÑO IV. Número 58



yuntamiento de Madrid

# LA PISTOLA NACIONAL



**ASTRA ASTRA**  
**REGLAMENTARIA EN EL EJÉRCITO ESPAÑOL**

FABRICANTES: { GUERNICA ~  
~ ESPERANZA Y UNCETA. (VIZCAYA)

DELEGACIÓN GENERAL { A. V. D. BERNABÉ ~  
~ MAYOR 86 MADRID ~

Unica reglamentaria en el Ejército.  
Unica reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros,  
en el Cuerpo de Prisiones y para los Jefes  
y Oficiales de la Guardia civil.

CALIBRES, 9 mm. 7'65 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas  
por conducto de

**ARMAS Y LETRAS**

~ ~ ~ ~ ~  
Ayuntamiento de Madrid

# INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

## CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

<b>MENA</b> <b>FOTOGRAFIA</b> <b>CARRETAS, 39</b> <b>(Frente a Romea)</b>	Tres carnets para identidad 3 pesetas. Ampliaciones de SS. MM. del uniforme que se desee para cuartos de banderas y estandartes a 25 psets. Novedad foto- gráfica, 33 calcomanías para aplicarse en papel cartas, cintas, esmaltes, 5 pesetas	<b>COMPANIA GENERAL DE AGUAS</b> <b>MINERALES</b> <b>REINA, 29 Y 31</b> <b>Teléfono M. 1444</b>
<b>Admón. de Loterías núm. 16. -- P. de Santa Cruz, 2</b> Su Administradora D. <sup>a</sup> Felisa Ortega, remite a provincias, ultra- mar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan acompañados de su importe.		<b>BLANCO HUECAS</b> para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsimiles. Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas. Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID
<b>Joyería Hispano-Belga</b> <b>MONTERA, 22</b>	Joyas artísticas y econó- micas. Relojería garanti- zada de todas marcas.	<b>CAMAS Y MUEBLES ECONOMICOS</b> <b>NO DEJE USTED DE VISITAR ESTA CASA</b> <b>Balbino Díez Garoia. PELAYO 70 (próximo a Fernando VI).</b>
<b>MATERIAL ELÉCTRICO</b> <b>LAMPARAS DE TODAS CLASES</b> <b>Descuento de 5 por 100 sobre toda venta que haga la casa a los</b> <b>militares que lo acrediten.</b>	<b>A. PAJARES</b> <b>Jardines, 7 y 9</b>	<b>Construcciones</b> en zinc, plomo, palastro y cha- pa galvanizada. Hilario Puerta García. **. Primera casa en envases para aceite. Postigo San Martín, 7.—Teléfono 3.378
<b>AVISO:</b> La casa que más paga oro, plata, platino, dentaduras, alhajas y pape- letas del Monte <b>Plaza de Sta. Cruz, 7 (platería).</b>		<b>R. FERNANDEZ ROJO, GRABADOR</b> Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases. Teléfono M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID
<b>LA OCAISION</b>	<b>COMPRA y VENDE</b> <b>motocicletas, bicicletas,</b> <b>accesorios, gramófonos</b> <b>y discos.</b> <b>Mayor, 68</b>	<b>CASA HERNANDO</b> <b>MAYOR, 29</b> <b>Teléfono 2485, M</b> Venta de toda clase de máquinas de escri- bir. Reparaciones muy económicas. acce- sorios de toda clase. Cintas, papel, car- bón, tampones y efectos de escritorio. Se hacen abonos para Madrid y provincias. Presupuestos gratis.

## Servicio de la Compañía Transatlántica

### LINEA DE CUBA-MEJICO

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña Gijón y Santander.

### LINEA DE BUENOS AIRES

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires, emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

### LINEA DE NEW-YORK, CUBA-MEJICO

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

### LINEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanailla. Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico. Canarias, Cádiz y Barcelona.

### LINEA DE FERNANDO POO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernando Poo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Transatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York, y la línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen calefacción sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. Las fechas de salida se anunciarán con la debida oportunidad.

## ¿CALLOS?

### Ungüento mágico

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídalo en farmacias y droguerías. 1,50. Per correo 2 pesetas. FARMACIA PUERTO, Pl. San Ildefonso, 4, MADRID

### ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA · PLATERÍA · RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Goriz. Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. Pianos y pianolas.

### JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205 - MADRID

Escopetas. Artículos para caza y viaje. Objetos para regalos. Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

### ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

### CLETO VALLINAS

Modelación Impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda. 5. MADRID

Zaleres: Zutor 1. y Ventura Rodriguez. 17.

Teléfono 1.548 - J

# SERNA

## COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojos de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos,

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor.

HORTALEZA, 9

TELEFONO 53-51

ARTÍCULOS DE OCASIÓN

## EFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

### CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Rosas, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar

## Papelería e Imprenta de Felipe Martín Crespo

Calle Mayor, 47.

MADRID

Teléfono 211-M

MEMBRETES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS ARMAS Y CUERPOS DEL  
EJERCITO

### Enseñanza de la Esgrima del fusil con bayoneta

Autor: Capitán D. Luis Pumarola  
Profesor de la Academia de Infantería

Interesantísimo libro que complementa el reglamento de  
instrucción táctica de la Infantería.

Los pedidos al autor.

Precio: UNA peseta.

Si vuestra industria tiene relación con Cen-  
tros, dependencias oficiales, oficinas del ejérci-  
to o con cualquier manifestación de deporte o  
ciencia, anúnciese en ARMAS Y LETRAS y  
verá prosperar su negocio.

Pida tarifas y presupuestos.

## Anuncios por palabras

**LITERATURA** Militar precepti-  
va, por Fernando de Altola-  
guirre. De texto en la Academia  
de Caballería. Único libro de con-  
sulta, sobre tal materia, para el  
Cuerpo de oficiales. Precio, con el  
apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor.  
Lista, 73.—Madrid.

**PARA** pasar un rato distraído  
nada más apropiado. Cerve-  
cería-Bar, servido por señoritas.  
Cádiz, núm. 7.

**PARA** hombres.—Ayer ventrudo,  
hoy enjuto: es que uso las FA-  
JAS DE JUSTO. Probarlas es  
adoptarlas. Carmen, 10, corse-  
tería.

**GRAN HOTEL.**—Alicante. Pro-  
pietario, Miguel Simón. Servi-  
cio esmerado. Los militares, me-  
diante la presentación del carnet  
militar, obtienen una bonificación  
del 10 por 100.

**CLEMENTE Y GARCIA.**— Cami-  
sería. Ropa blanca. Equipos.  
Canastillas. Batas. Especialidad en  
blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

**ACERO.**—Sastrería militar. Fá-  
brica de paños en Béjar. Pro-  
veedor de la Cooperativa del Mi-  
nisterio de la Guerra. Se remitan  
modelos de prendas a las Juntas  
económicas. Talleres: San Marcos,  
36 y 38. Madrid.

## Disponible

Ayuntamiento de Madrid

# *un buen jinete*

*hace un buen*

## **Caballo**

*Si deseais  
que vuestras  
cuadras ga-  
nen siempre  
emplead*



**Resolutivo Rojo Mata  
Cicatrizante Velox  
Anticólico F. Mata**



## DOS GRANDES TRIUNFOS DE LA GASOLINA "SHELL"

1.º de Noviembre.

Campeonato del Real Moto Club de Cataluña.

Los primeros premios en todas las categorías.

5 de Noviembre.

Gran carrera internacional de automóviles "PENYA RHIN"

- |                     |                   |
|---------------------|-------------------|
| 1.º Lee Guines.     | «Talbot Darracq». |
| 2.º Conde Zborosky. | «Aston Martin».   |
| 3.º Ramassotto.     | «Chiribiri».      |
| 4.º Seegrave.       | «Talbot Darracq». |
| 5.º Batlló.         | «M. A.»           |
| 6.º Feliú.          | «Elizalde».       |

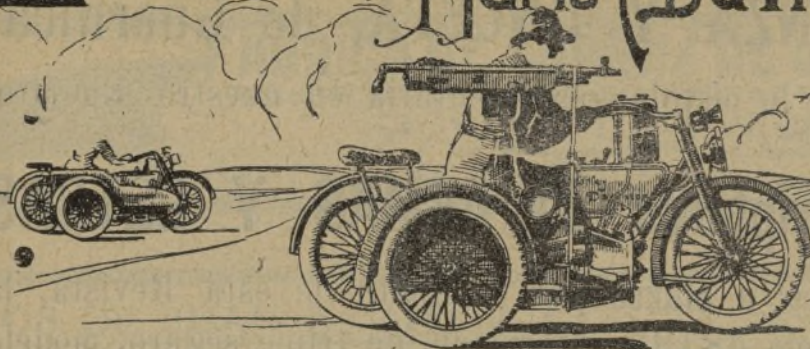
**TODOS CON "SHELL"** LA GASOLINA QUE EXIGEN  
LOS QUE SIEMPRE TRIUNFAN  
DE VENTA EN TODA ESPAÑA

anuncios "Los Tirolenses"

Ayuntamiento de Madrid

# LA MOTOCICLETA MILITAR

es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA  
**J. A. DE LANDALUCE**  
MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid

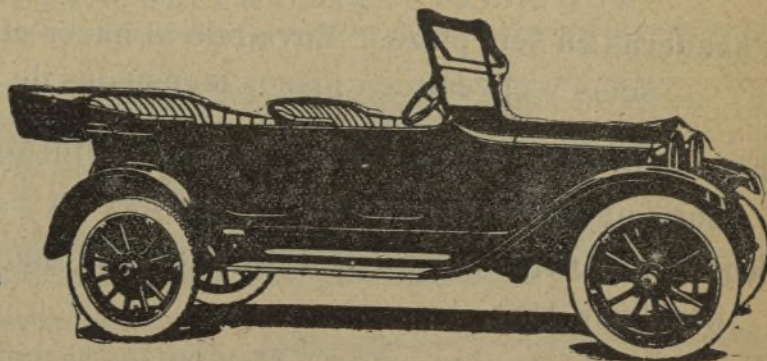
**AUTOMÓVILES**  
**DODGE BROTHERS**

AGENCIA  
**Auto - Tracción**  
(S. A.)

Garage

Talleres

Exposición



Martínez Campos, 49

MADRID

Teléfono J-80

Ayuntamiento de Madrid

# INTERESANTE

Por convenio con la Casa

**ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica**

fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

## Los suscriptores de ARMAS Y LETRAS

pueden adquirir a **plazos** por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

**Tiene todas las ventajas:**

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

**Precio, 46,50 pesetas.**

Pagaderas en seis plazos. Enviando al hacer el pedido 11,50 pesetas y el resto en plazos mensuales de 7 pesetas.

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.





AMPLIACIONES MAGNÍFICAS Y ADMIRABLES  
RETRATOS DE BODA  
son sus especialidades

TETUAN-20



## FABRICA DE GORRAS DE UNIFORME

GORRAS KAKI ULTIMOS MODELOS • ROSES • CHACOTS • KALPANTS

**F. VILLAVEGAS**

Calle Mayor 39. MADRID Envios a Provincias

HIJOS DE JUAN BAUTISTA FEU

DESPACHO: MONTERA, 19

(FÁBRICA: MESÓN DE PAREDES, 79)

MADRID

Establecimiento de toda clase de artículos militares, premiado con diplomas de Honor y Medallas en las Exposiciones a que ha concurrido.  
Fábrica de botones de metal para el Ejército y Armada, libreas, ferrocarriles, etc. etc. — Condecoraciones finas y falsas de todas clases. —  
Medallas para premios y exposiciones — Insignias y distintivos con y sin esmalte.

ESTABLECIMIENTO DE  
**JORDANA**

Príncipe, 9.-MADRID.- Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRETERAS, DRAGONAS Y HOMBREKAS.—CASCO, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINOS, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

**CENTRO GRAFICÓ ARTISTICO**  
TALLERES DE FOTOGRAFADO

BLASCO DE GARAY, 32  
TELÉFONO 22-091

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR



**BEBED  
AGUA FARGAS**



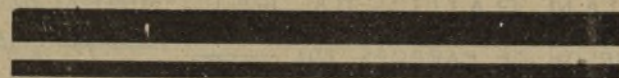
**BORISOL** ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos genito-urinaros.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

**RECLUTAS DE CUOTA**

Acudid para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.



# RESERVADO PARA LA PIANOLA "AEOLIAN"



# ACADEMIA TORRES

PREPARACIÓN PARA EJÉRCITO Y MARINA :: ::

:: :: ARTILLERÍA E INGENIEROS DE LA ARMADA

RESULTADO OBTENIDO EN EL ÚLTIMO AÑO, 41 PLAZAS EN EJÉRCITO Y 19 EN MARINA  
EN ARTILLERÍA DE LA ARMADA OBTUVO 9 PLAZAS DE 10 CONVOCADAS

Este centro de enseñanza dispone de capilla a cargo del director espiritual del mismo

EXTERNOS \* MEDIO INTERNOS \* INTERNOS

CALLE DE PIAMONTE, NÚM. 7.- - MADRID

## PEDRO ANDION

Lonas para toldos y cortinas.—Lencería, cuties y terlices para colchones.—Saquerío para envases de lanas y cereales.—Cordelería y tramillas.—Yutes para enfardaje.—Mantas, colchas y géneros blancos.  
Gutaperchas. :: :: :: :: :: :: :: :: Lanillas para banderas.

TELÉFONO 14-87 M

IMPERIAL, 8 Y 16 Y BOTONERAS, 8

## EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,  
CEPILLERÍA, ESPONJAS

Y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. ~ Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO



SASTRERÍA  
MILITAR Y PAISANO

## ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

## PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas,  
Bicicletas y Máquinas de escribir

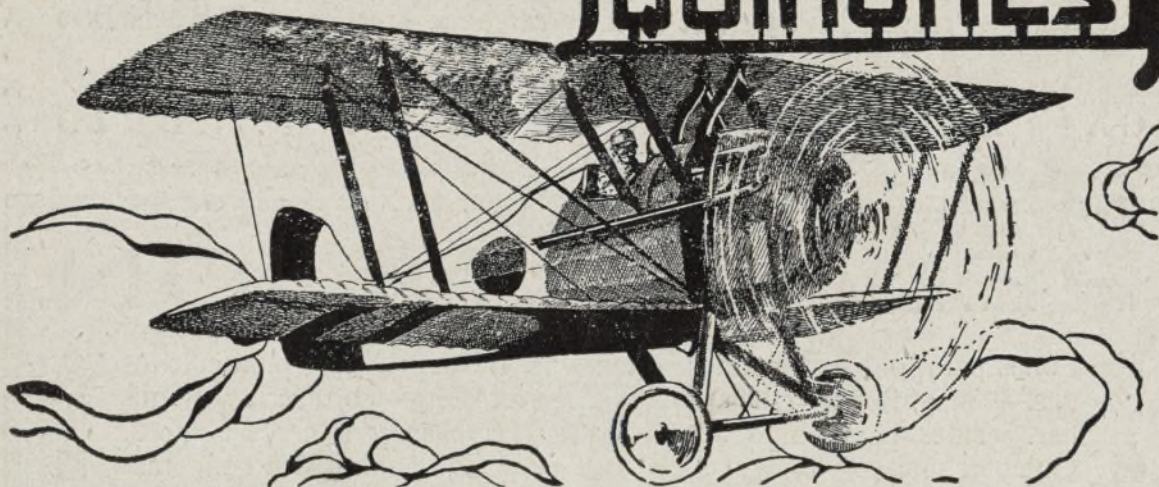
CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

## JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y  
kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café  
de Platerías.)

# [SANTIAGO SANCHEZ QUINONES]



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

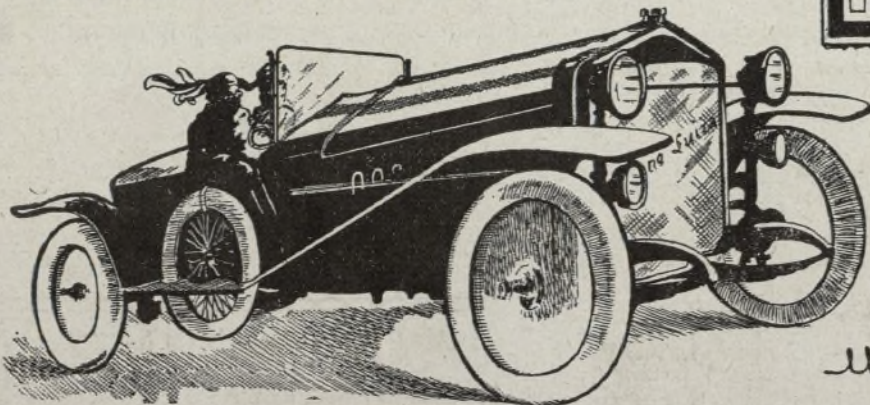
PROVEEDORES DE LA AERONAUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices. Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

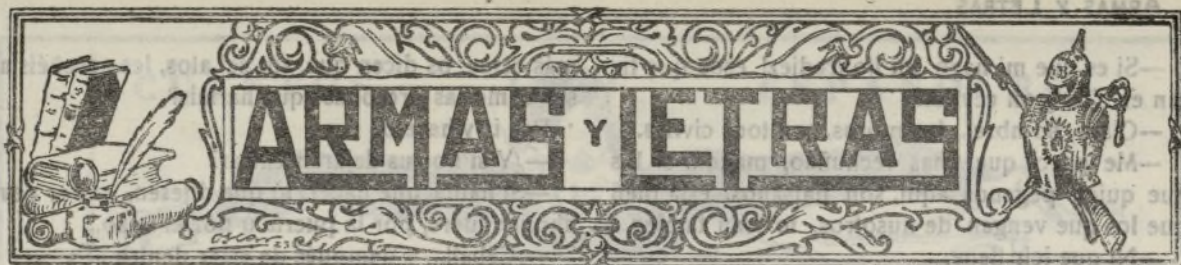
**MADRID**



*M. Châlon*

Gráfica Universal, Princesa, 14 - MADRID

Ayuntamiento de Madrid



## DIALOGOS ENTRE JUAN Y PEDRO

—No me digas, que estoy muy mal templao esta madrugada.

—Me paece que no te he dicho cosa.

—Sí, pero ibas a icilo, te lo conozco en la cara.

—Mia qu'eres espabilao, si se entera el paisano general que nus manda, hace un mamelato pa tu.

—Oye... eso de mamelato, no será insultame...

—No se; es una cosa que l'han dao a un moro de esos de campanillas, pa qu'el se encargue de que no mos tiren sus paisanos.

—Y ¿está mu lejos eso?

—Por allá por ese Tizzi que, según me escriben del pueblo, preguntan allí si es parejo que Abarran...

—¿Estás seguro que ese Mojamed del alato, anda por ese sitio?

—¿Es que tiene algo de raro?

—¡Cuas naal... ices que lo han hecho como Gobernador civil, pa que no les deje tirar y a los pocos días, mos clavan la mar de muertos y heridos...

—¿Allí, en la Tiza esa?

—Mesmamente; en una barrancada, que no es la del lobo, pero pué ser la del zorro; ya tien los cuervos comida pa unos días, por que tamien de ellos han queao unos cuantos...

—Pero, güeno... ¿me quies explicar, pa qué le dieron al Krim, toas aquellas pesetas?... o es que son otros, que buscan otra porráa de duros?...

—No hombre, no; son los mismos que con aquellos dineros s'habrán compraó de tóo y mus lo quieren pasar por los morros...

—Oye ¿sería más mejor que les dejáramos aquello?... porque, como hay qu'hacelo tóo en paz, pos si no quien que estemos allí...

—Paece mentira maño, que a tu, qu'eres un hombre, se te ocurran esas cosas... ¿es de hombres eso de ponese en un puesto y porque tiren unos tiricos dejalo?

—¿Será mejor estate allí, hasta que t'echen? porque, si se les mete en la cocota...

—Y a nosotros ¿no se nos pué meter en la nuestra que no mus da la gana d'irnos?

—Claro que sí... pero, si te estozolass pa estar

allí y aluego vienen los paisanos y te icen que te vayas...

—¿Pero pué ser eso?

—¿Que si pué ser?... poquito vas a tardar en velo...

—Amos, que tu has bebío hoy... ¿es que hemos venío aquí pa que estos tños vayan matando los que quieran y aluego venir nosotros a enterrarlos?

—Una cosa asín; tan y mientras que no s'arreglen los qu'allá en los Madriles manejan el cotarro...

—¿Tampoco allí se entienden?

—Eso icía anoche el teniente ese que vino el último; contaba en un corro, que el señor que en el gobierno se entiende con los que no son de España y el Menistro de mosotros, han tenío unas palabras y regañaron y agora, han puesto un general pa que mos gobierne a los soldaos...

—¿También era paisano el que mus mandaba allí?

—Sí hombre... ¿no ves qu'ahora tóo es civil?

—¿Ices que s'ha marchao el paisano que era Menistro nuestro?... entonces... será que no tenía razón...

—Si no se l'han dao, es que la tenía...

—¡Qué cosas decís los leíos y sabiondos... de manera, que si tu le ices a uno que no sabe lo que se ice ¿es que sí que lo sabe?

—No hombre, no; es como si dijéramos que en una sociedad, la junta ¿sabes?... hace una cosa mal y s'incomodan los socios y entonces los de la junta, pa que no los echen, van y dicen a uno; amos a icir que tiees tu la culpa y le echan la carga y lo echan de la junta, y

—¿Lo echan tamien de su casa?...

—¡Cá! si tóo es palique...

—Mia que si no se conforman los socios y hacen una soná.

—¡Hacer!... como no hagan...

—Pero oye, asplicame eso: agora, en Madrid, mus manda un general, y aquí...

—Aquí, el mesmo de antes... hay que ver lo que te costa metete en la chola, que aquí hay que hacelo tóo por lo civil...

—Si es que mi hago un lfo ¡rediez! esos que tiran en Tizi ¿son civiles?

—Claro, hombre... los moros, son toos civiles.

—Me paece que t'has rechufiao, maño... si los que quien peganos aquí, son paisanos, está bien que los que vengan de nusotros, lo sean tamien...

—Ni que icir tiene.

—No comprendo, entonces, por qué te sabe malo, que los civiles se vistan de generales... más mejor es eso, que no que un general se vista de paisano... ca uno debe estar en su puesto.

—Tú lo has dicho; asín s'arreglaba tóo...

—Ya verás si no lo que pase; mientras que piensas si tié que ir un paisano o un militar o un cura... la liebre que se va, y ni pa uno ni pa otro...

—¿Sabes lo que ice el capitán que van a hacer, pa que no haiga envidias ni dirites?

—Lo más mejor pa que no haga daño el vino... no catalo...

—Una cosa asín... que lo beba el que no l'hi aga mal...

—¿Y quién es ese?

—Pos aquí, los moros.

—Pero si los moros no beben vino...

—Es un decír, cabezota: ¿no ican que si han de ser los militares o los paisanos los que arreglen esto y por no sabelo ticen disgustos allá en los Madrides? pues no viniendo ni unos ni otros...

—¡Toma! ¿quién lo va a arreglar, entonces?

—Ellos.

—Eso, lo he dicido yo muchas veces ¡rediez! que debíamos irnos toos y que se las apañen...

—Oye, oye... ¿aguantarías tu el que dijeran que te ibas de un puesto por... gallina...

—Si me voy sin que nadie me lo diga...

—Entonces, a los que están en Taza no pues icles que se vayan.

—No señor.

—Y si ellos se quedan ¿los vamos a dejar solicos?

—A que va a resultar que nos hemos metido en un mal fregao?

—Muy güeno no es; pero, a mí, no me paece mu difícil acabalo...

—¿Hubiendo paz?

—Si ellos quien tenela, mejor; si no, como sea: asuponte que cerca de tu pueblo, se ponen unos gitanos que no hacen más que mal a toos los pueblos que hay por allí y a vusotros, por ser los de

más cerca, os dicen que, sin eclalos, les enseñéis a ser como las presonas ¿que haríais?

Pos ir y hacelo.

—¿Y si no sus dejaran entrar?

—Si había que hacer lo que dijesen, entrar por ahonde juere, por la puerta u por el tejao...

—¡Cabal!... y dempués de estar dentro...

—Enseñales a ser presonas y a luego ¡aquí sobra uno!...

—¿Verdad que no es tan difícil?

—¡Qué va a ser! si lo qu'hace falta pa hacer toas las cosas, es conocencia de si hay qu'hacelas u no, lo primero... ¿qu'icen que si? a bajar la cabeza y adentro, sin reblar ¡recondio! como deben ir los hombres a toos laos...

—¡Clavao! y adentro del tóo... ¿que te cres tu? en cuanto que estuviamos por toos los sitios, no saldrían de ninguno pa escacharrarnos... es como si persigues una maná de lobos y al meterse en un encinar los dejass... allí crecerán y cuanto te descuides, hoy uno, mañana dos, te dejarán sin un cordero...

—¡Y que no caigan del burro!

—Ellos, no; pero otros, ya caen, ya... tié mucha gracia qu'haciendo las cosas los paisanos, sean sordaos los que caigan...

—No seas mal pensao, maño.

—¿Sabes lo que ice el maestro de mi pueblo, siempre que hay alguna zapatiesta por allí cerca?... que no faltaría alguno a quien le convenga.

—Allí, sí... pero, aquí.

—¿Crees tu que aquí no puen salir duros pa unos cuantos? no le des güeltas; si nosotros que no hemos aprendío naa, comprendemos que pue arreglarse esto ¿por qué no lo han de comprender los demás?

—¿A que vas a icir que?

—Yo no digo na... pero hay pa escamase maño... he oído tantas veces que uno que era muy rico, había sido haciendo cosas...

—Amos calla... ¿ni que juas aquel que no acertaba lo que había en una cesta, dimpués de decirle que le darían un racimico?... cuando las cosas no son como deben ser, es que pa alguno, son como a el le conviene... ties razón, maño, ties razón...

Por la transcripción,

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE





## RECOMENDACIONES

(Historieta sencilla contada en varias cartas), por A. PALOMERO

*De Juan García (a) Juanón, al diputado del distrito.*

Gumera de Arriba 1 Enero.

Señor don Francisco Francísquez.—Mui señor mio y de toda mi consideracion; malegraré que al recibo destas cortas letras salte usted gueno yo tambien gueno gracias a Dios.

La presente no tié otro ojepto que icirlé que mañana se le presentará un sobrinejo mio que vá a dir a esa pá que lo metan en un menisterio, y yo le dije digo: pús don Francisco telo areglará. Con que aber si se lo aregla usted que paeso lize a usted diputado pá que maregle a mi yala familia lo que se mantoje.

Con que yá lo sabusté. Agur y recuerdos ala parienta y queda de V. s. s. s. s. q. s. b. m.—*Juanon.*

\* \* \*

*De don Francisco Francísquez, diputado por Jumera de Arriba, a don Diego Diéguez, diputado por Jumera de Abajo.*

Sr. D. Diego Diéguez.

Mi distinguido amigo y compañero: Teniendo verdadero compromiso de colocar a un joven, sobrino del elector más influyente de mi distrito, me atrevo a molestar a usted en la seguridad de que habrá de complacerme.

Como ando mal de relaciones con la *situación*, me veo en la necesidad de no pedir favores a ningún diputado de la mayoría; pero rompo esta costumbre por tratarse de usted, toda vez que usted y yo somos amigos verdaderos antes que legisladores.

Le suplico me le recomiende con verdadera efica-

cacia, y si es posible me remita en seguida su credencial.

Mande siempre a su buen amigo y agradecido compañero q. b. s. m., *Francisco Francísquez.*

Madrid 4 Enero.

P. D.—Mi recomendado se llama Lucas Gómez y García.

\* \* \*

*De don Diego Diéguez, diputado por Jumera de Abajo, al Padre Bícome, director espiritual de la marquesa de Plave.*

Respetable Padre: Como sé que tiene usted gran confianza con la marquesa, y no ignoro que es una gran recomendación para *\*\*\**, me permito suplicarle influya en ella a fin de que coloque a Lucas Gómez y García, por el cual tengo verdadero interés.

Es un gran favor que añadirá a la lista de los de usted recibidos, su amigo y servidor q. b. s. m., *Diego Diéguez.*

5 Enero.

\* \* \*

*Del Padre Bícome a la marquesa de Plave.*

✠

Madrid 6 Enero.

Mi querida hija: Un amigo, a quien debo grandes atenciones, me escribe ayer para que lo haga a usted recomendándole a Lucas Gómez y García, que solicita un destino.

Como sé que tiene usted gran influencia, hago mía la solicitud, y añado que tengo un grandísimo interés.

De usted a. s. s. y director espiritual.—*J. Bicomme, presbítero.*

\*\*\*

*De la marquesa de Piave al ministro de \*\*\**

7 Enero.

Querido mío: Mi confesor me recomienda a Lucas Gómez y García para un puesto en tu departamento. Excuso decirte que necesito su credencial en seguida.

Hace dos días que no vienes a verme; ¿qué pasa? El marqués salió ayer de caza y tardará ocho días en volver...

¿Por qué no vienes hoy a comer conmigo?

Toda tuya.—*Paca.*

\*\*\*

*Del ministro de \*\*\* a la marquesa de Piave.*

7 Enero.

Queridísima Paca: Acabo de recibir tu carta y de decretar la cesantía de un pobre padre de familia, modelo de funcionarios, a quien estimaba de veras. Lo he sentido mucho, pero era preciso dejar un puesto para tu recomendado, cuya credencial va adjunta.

No puedo acompañarte a comer porque tengo Consejo. Iré, sin embargo, a verte a las once de la noche.

Espérame.

Te ama siempre.



*De la marquesa de Piave al Padre Bicomme, su director espiritual.*

8 Enero.

Querido padre: Ahí va la credencial de su recomendado, Lucas Gómez y García, que recibí ayer mismo. ¿Está usted satisfecho?

Le besa respetuosamente la mano la más espiritual de sus hijas espirituales.—*Marquesa de Piave.*

\*\*\*

*Del Padre Bicomme a don Diego Diéguez, diputado por Jumera de Abajo.*

✠

Madrid 8 Enero.

Sr. D. Diego Diéguez.

Mi respetable amigo: En este mismo momento me remite la marquesa de Piave la credencial que le interesé del recomendado de usted Lucas Gómez.

Me apresuro a enviársela por si la necesita con urgencia, estando muy satisfecho de haberle podido servir, su agradecido.—*J. Bicomme, presbítero.*

\*\*\*

*De don Diego Diéguez, diputado por Jumera de Abajo, a don Francisco Francisquez, diputado por Jumera de Arriba.*

Sr. D. Francisco Francisquez.

Mi distinguido compañero y querido amigo: Tengo un verdadero placer al adjuntarle la credencial de su recomendado Lucas Gómez que me interesó en su apreciable carta del 4 del corriente.

Como verá usted, no me he dormido en las pajas, y he procurado complacerle lo antes posible, toda vez que tenía usted en ello un verdadero interés.

Disponga usted, como siempre, de su antiguo amigo y compañero q. b. s. m., *Diego Diéguez.*

9 Enero.

\*\*\*

*De don Francisco Francisquez diputado por Jumera de Arriba, a Juan García (a) Juanón, cacique del distrito.*

Madrid 10 Enero.

Querido García: Recibí su carta del 2 del corriente y la visita de su sobrino Lucas. Esté usted tranquilo por su suerte: es un chico listo y hará carrera. Como él dirá a usted cuando le escriba, ya está colocado, y no irá a la oficina más que a cobrar.

Descuide usted, que se hará por él cuanto se pueda. No puedo escribir más porque estoy ocupadísimo.

Disponga como guste de su afectísimo y buen amigo.—*Francisco Francisquez.*



## COSAS DE MOROS

## El Korán profanado.

Un día, llevó un moro liberal e ilustrado dos lujosos tomos del *Korán*, que acababa de recibir, a un café europeo de Tánger, para enseñarlo a varios de sus amigos, asiduos concurrentes, cuyo musulmanismo de manga ancha no les impedía libar, de cuándo en cuándo, algunos boques de la espumosa Pilsen.

Pero uno de entre ellos, más fanático, no pareciéndole bien que el libro sagrado estuviese rodando en aquel lugar profano, entre los aborrecibles licores prohibidos por Mahoma, protestó de la profanación que con el *Korán* se estaba cometiendo.

Pero el moro ilustrado le atajó con inimitable aspiritualidad:

—No te alarmes. No es el *Korán* el que se profana. Es el lugar profano el honrado con su presencia.

## ¿Filósofo, o loco?

Un pobre idiota iba camino del zoco a vender una escuálida oveja.

Pero una dificultad grave le asalta en el camino. ¿Cómo encontrarse a sí mismo en medio de la multitud?... El infeliz, cavilando, encontró en el camino una pluma de gallo, y triunfante se la coloca entre los pliegues del turbante. Así—se decía—, con esta seña, no podré perderme jamás entre la muchedumbre, y me reconoceré siempre, porque bastará que me toque la pluma para cerciorarme efectivamente de que soy yo mismo y no me he perdido.

Ataviado tan extravagantemente, llega al zoco, donde su vista causa la hilaridad general. Ata su animal a un poste, y se dedica a corretear el mercado.

Un truhán que le observa maquinalmente quedarse con la oveja. Para ello le quita primero la pluma del turbante, sin que él lo note, y se la coloca a sí mismo, plantándose de este modo frente al pobre idiota. Petrificado éste de asombro, cree verse reproducido y reconocerse en la persona del pillo.

Con la convicción de quien se habla a sí mismo, le dice a su sombra:

—¿Tú, eres yo...?

—Efectivamente — le responde el otro —. Yo soy tú.

—¿He amarrado bien a mi oveja con los otros animales?—insiste el inocente.

—Sí. Has amarrado a mi oveja con los demás animales—repite el truhán, volviéndole la espalda, dejando satisfecho al loco, que le ve alejarse como si se viera alejarse a sí mismo, y corre a desatar al animal y a venderlo.

Al cabo de un gran rato, el loco se acuerda de su oveja y va a buscarla. Pero ha desaparecido. No recordando lo que de ella ha podido hacer su otro «yo», se pone a llamarle a grito pelado, exclamando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Yo, yo, yo! ¡Ven, ven, ven!

La gente le rodea y le pregunta por qué grita así.

—Hace un momento—responde—estaba en el zoco, y ya no me encuentro más. Grito para encontrarme y saber lo que ha sido de mi oveja.

En primer rango de los buriones, el ladrón, sin la pluma, reía a carcajada batiente, haciéndole coro todos los presentes.

Como fueran inútiles todos sus gritos por que viniera su otro «yo», optó por regresar a su casa sin encontrarse, repitiendo a todo lo largo del camino: «¡Dios maldiga a yo»; que estaba tan tranquilo, y ha ido a buscar la desgracia!»

Desde entonces el pobre loco no ha vuelto a encontrarse y cree se ha perdido por esos mundos con su oveja. Todos los días se los pasa llamándose, y así vive el pobre loco: llamándose sin encontrarse. Es eterno, porque ha perdido su «yo» y no le encuentra.

## Sutileza mora.

Los moros nunca dicen la verdad.

Dos se encuentran en el zoco.

—¿A dónde vas mañana?—pregunta uno al otro.

—A Rabat—contesta el interpelado.

—Mira, tú me dices que vas a Rabat, para hacerme creer que no vas. Pero yo sé positivamente que vas a Rabat. Entonces, ¿por qué pretendes engañarme diciéndome la verdad?

## Una apuesta entre judíos.

—Te digo que tengo razón.

—Y yo te digo que la tengo yo.

—¿Apuestas algo?

—Hombre: apostar no apuesto nada; pero doy mi palabra de honor.



## LA SATURNA

*Los sucesivos triunfos literarios alcanzados por nuestro querido compañero José María de Acosta le han hecho uno de los novelistas predilectos de nuestro gran público. Su última producción «La Saturna», de la que publicamos un párrafo, es una novela de juventud, llena de acción y color, que está obteniendo un gran éxito, por el que le felicitamos.*

Para terminar el capítulo de los exámenes, diremos que Juan Miguel aprobó también su año, penúltimo de la carrera, con buenas notas. Juan Miguel venía acumulando coraje para declararse a Rafaela pues en dos o tres ocasiones en que intentó hacerlo, cuando llegaba el momento supremo le acometía una medrosa insuperable, empezaba a trasudar y tartamudear, y terminaba por hacerse un lío, quedándose con la declaración atravesada en la garganta, sin poderla echar fuera. Por esto, decidido a despejar la situación antes de marchar a su casa a pasar las vacaciones estivales, pues estaba seriamente prendado de la muchacha, no paraba de motejarse de cobarde, zarramplín, tonto y otras lindezas, para ver si a fuerza de insultarse conseguía estimular su valor y hacer la «hombrada». Y, en efecto, la tarde antes de emprender el viaje, sabedor de que su prima Sol iría a Rosales de paseo con su pretendida y con Lola, hizo el encontradizo con ellas. Llevaba la declaración bien aprendida de memoria, para no armarse un frangollo como otras veces, y en la mismísima punta de la lengua, para soltarla en cuanto la saludase, antes de que hiciera en él presa aquel injustificado pánico que estrangulaba su labia y su desparpajo, porque lo chocante era que sólo le sucedía esto cuando hablaba aparte con Rafaela.

Cuando Juan Miguel divisó a las chicas, marchaban delante Sol y su amada, seguían Lola y Gonzalo, y detrás iba miss Mabel con Laurita. Juan Miguel se unió a su prima y a Rafaela, más frustose su intención, porque no juzgando oportuno sol-

tar el mandado delante de Sol, guardó su amoroso discurso para mejor ocasión, lo cual no fué más que una tregua que con especioso pretexto impuso su apocamiento e irresolución; que si el enamorado hubiera empezado a hablar bajo con Rafaela, Sol, con ese disimulo y benévola complicitad que las jóvenes tienen entre sí en tales casos, con seguridad que se hubiese hecho la desentendida o hubiera encontrado el modo de apartarse de ellos. Juan Miguel estuvo, como siempre, ocurrente y oportuno en su conversación con las chicas, que era asaz ingenioso y no carecía de gracia, menos hablando apartadamente con «la interfecta».

No tardó en incorporarse también Félix, que ya era novio de Sol, a quien expuso su pasión en un inspirado soneto, no un soneto que rimase al modo clásico, sino un soneto como a su libérrimo estro le había placido componer, sin sujeción a los viejos y desacreditados cánones; de todos modos, en catorce versos era imposible expresar mejor un amor sentimental y poético. En él, siguiendo sus admiraciones por la era pagana, llamaba «joven patricia» a la hija del ex tendero, cosa que complació tanto a Sol, así como el resto de la composición y la elocuente mirada que al entregarle el soneto había servido de estrambote a éste, que sin hacerse más de rogar ni alcorzar con fingidos dengues, dió un sí como una casa al «romántico» vate.

Adelantáronse Sol y Félix, con lo que quedaron solos Rafaela y Juan Miguel, mas esto era precisamente, ¡malditos inconvenientes!, lo que azoraba al

galán, que no recordaba sílaba de aquella arrebatadora declaración que llevaba tan bien aprendida, ni sabía qué decir.

Tras unos momento de penoso callar, el joven acertó a articular trabajosamente:

—El caso..., el caso es que yo tenía que decirle algo...

—¿Sí?

Hubo otra pausa de angustioso silencio, que cortó Rafaela pronunciando alentadora:

—Pues usted dirá, Juan Manuel.

Mas ni por esas puede el enamorado romper.

—¿Tan grave es lo que tiene que decirme?

—¿Grave? ¿Muy grave? No... Es decir, sí y no...

Aunque sí, sí que es grave...—dice, empezando a hacerse un ovillo, el aturullado doncel.

—Me pone usted en cuidado.

Juan Miguel cierra violentamente los ojos y, como quien se decide a arrojar en el vacío, murmura:

—Mire, Rafaela, es... es que tenía que decirle que usted me quiere a mí... ¡digo, no!... que yo le gusto a usted... ¡tampoco!

El muchacho, hecho por completo un taco, no sabe lo que dice. Rafaela, que lo contempla compasiva y risueña, acude en su ayuda.

—Será que usted...

Juan Miguel se agarra a aquel cabo que le tienden, como un náufrago se ase a la cuerda que le arrojan.

—¡Eso!, que usted... digo que yo, ¡que yo la quiero a usted! ¡que yo la quiero a usted!—repite machacón, contento de haber acertado al fin a expresar lo que ansiaba y maravillado de su audacia—. ¡Que yo la quiero a usted!

La joven callaba, pero continuaba con la mirada animándole a seguir. Mas Juan Miguel, dicho lo principal, vencida la parálisis de su lengua, es ya dueño de sus nervios y de sus palabras.

—Sí, la quiero a usted, Rafaela. La quiero mucho, mucho, ¡mucho!... El año próximo terminaré la carrera y en seguida, si quiere, podremos casarnos... ¿Quiere?

—Quiero, Juan Miguel—contesta sencillamente Rafaela.

Los jóvenes confunden sus miradas. Las de ella, sin saber por qué, ¡qué tontuna!, están ligeramente humedecidas por el llanto. Las de él brillan con alegre frenesí.

—¡Hace tiempo que la quiero, Rafaela!

—¡Ya era hora de que lo dijese, Juan Miguel!—replica la muchacha ingenuamente.

—Es que, ¡maldito sea!, no sé lo que me pasaba con usted...

El calor de la mirada de él ha evaporado fácilmente las lágrimas de ella. Los dos se contemplan y la ventura rebosa exuberantemente por todos los poros de los ilusionados jóvenes.

—Mire usted, Juan Miguel, yo desearía que hablase con mi madre: como perdí a mi padre siendo niña, ello lo fué todo para mí... Nunca hice nada sin consultarla, si a su asentimiento..., jamás le oculté el menor secretillo... Por eso yo le agradecería que hablase con mi madre, que le pidiera autorizara nuestras relaciones... ¡Es tan buena! ¡Me quiere tanto!... Ella también simpatiza con usted, le aprecia... ¿Quiere usted hablar a mi madre?

—¡Ya lo creo!—asiente Juan Miguel, que en la embriaguez que le produce ver su amor correspondido, no piensa en lo difícil que le va a ser cumplir lo prometido, si, como esta tarde, la timidez le aherroja y paraliza la sin hueso.

—Y ahora, me quiere explicar si soy yo quien quiero a usted o usted quien me quiere a mí, porque, la verdad, yo no me he enterado aún bien de lo que decía—inquiere, burlona, Rafaela, dirigiéndole una mirada cargada de picardía y gracia.

—¡No se ría usted de mí! ¡Caray, que era lo grande! Usted me turbaba más que un tribunal de examen... ¡Nunca me pasó cosa parecida! ¡Temía tanto que me mandase a freir monas! Y todo porque la quiero, ¡porque la quiero!; si no la hubiese querido, me hubiera declarado tan fresco..., pero como sabía que de este paso pendía mi vida, que en este instante me jugaba mi felicidad..., pues cuando se presentaba ocasión de decirle lo que sentía, me acobardaba, y ni atinaba a hilvanar una frase ni acertaba a dar una en el clavo...

Lola y Gonzalo iban entretanto embelesados en su idilio. Lola estaba enamoradísima de su novio; su carácter reconcentrado y vehemente era campo abonado para que el amor echase como echó hondas y fuertes raíces en su virginal corazón. «Yo para mi amado y mi amado para mí», era la divisa de la joven, que también tenía ya en la punta de los dedos los versículos del *Cantar de los cantares*, del cual su amor le había regalado un ejemplar. Gonzalo no le demostraba menos pasión. Y ambos enamorados se entregaban sin reserva a la dicha de amarse, que en este mundo sublunar suele ser la mayor dicha.

—¡Qué preciosa vienes, Lolita adorada! ¡Qué bien te cae ese vestido que traes esta tarde! ¡Vuélvete, vuélvete, *Sulamita*, vuélvete, vuélvete para que te mire!—susurraba él, envolviéndola en ardientes miradas.

Y ella, oyéndole, pensaba, con hartó motivo, en aquel otro versículo que dice: «¡Sostenedme con

flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor!»

—¡Te quiero, Lola! ¡Te quiero!— musitaba él con arrebatado.

Larga y lánguidamente le miraba ella y ahita de ventura, en su interior se decía: «Hacécito de mirra es mi amado para mí, entre mis pechos morará.»

También Sol y Félix caminaban en idilio, pero un idilio en que el poeta, con su megalomanía acentuada, hablaba más de sí y de sus versos que de su amor y de su amada, y en que ella, divinizándolo, le escuchaba místicamente, como a un ser de un mundo superior.

Y miss Mabel, rodeada de tanto incendio, si no se chamuscaba no era por escasez de combustible, sino por falta de algún arrojado mortal que le aplicase la cerilla encendedora, que a la temperatura

que las muchas ternezas, vistas, oídas o adivinadas, tenían a aquella mina de hulla que llevaba en su interior, la menor ascua hubiese bastado para que ardiese toda, retorciéndose en llamas; que según aseguran, las inglesas de pura raza son de la condición de las patatas, que tardan en asarse, pero una vez asadas, ¡cualquiera las enfría! ¡Ah, si aquella «carabina» se disparaba! A la pobre, contemplando tantísima pasión, se le ponían las «molas» de a yarda, ¡yes!, según refería a la restante servidumbre de la casa, por decir los dientes de a vara.

Ya empezaba a rectificar su juicio: los españoles, cierto que no sabían escribir novelas emocionales, pero las ponían en escena, por lo menos las amatorias, de un modo insuperable, ¡insuperable! ¡oh, yes!

## DOS SONETOS POR RAFAEL MONTEALEGRE

### HUMO

*Ilusiones, creencias... La gentil provinciana sueña con ese sueño que aroma la inocencia.*

*El será un caballero de comarca lejana;  
Alto, rubio, delgado, noble por excelencia.*

*Bajará del caballo. Saludará galante  
La dirá que ha venido para cumplir su anhelo.  
Se lo dirá amoroso, con tono suplicante,  
poniendo humildemente la mirada en el suelo.*

*La luz del nuevo día. Con la faz ojerosa  
está la provinciana deshojando una rosa  
y, al acabar, su rostro de lágrimas se anega.*

*Llora. Toman los nardos al sol tintes variados.  
¡Cuán tristes son los días, esos días pasados  
esperando al ausente, al amor que no llega!*

### CALMA

*Quejumbrosa y grave, la voz del anciano  
tenta en la noche algo de misterio  
y los surtidores del jardín cercano  
rimaban sus bellas notas de salterio.*

*Con unas palabras llenas de cariño  
hablaba a sus nietos de olvido y pasión  
y en las frentes de ellos ¡oh frentes de niño!  
trazaba una arruga la preocupación.*

*Las diez han sonado. En la cabecita  
les besa amoroso y luego medita  
sobre el desengaño que tuvo en su amor.*

*Silencio. En la noche tranquila y serena  
canta la belleza de la luna llena,  
con tono pausado, cierto surtidor.*

## Las emociones de un corredor de automóvil

El profano se imagina que nada es más fácil que manejar el volante en una gran carrera automovilista, por haber ido, v. gr., de Madrid a Aranjuez, a una velocidad de record. —¡Son tan fáciles de obtener estas velocidades medias alocadas, cuando se pone en ellas algo de parcialidad y que se cuenta varias veces, mejorando cada vez el relato!—que está absolutamente convencido, que le dice el corazón, que si un constructor quisiera confiarle un puesto, obtendría resultados superiores a los de un profesional.

Conducir un coche de turismo es, actualmente, de una gran facilidad; las modernas soluciones mecánicas, los continuos progresos realizados en los motores y en la carrocería, hacen que no importe que, en un confortable vehículo, se puedan recorrer centenares de kilómetros en un día sin el más leve cansancio aparente.

También los automovilistas de recreo, que gustan sembrar el terror al pasar a toda velocidad por las poblaciones, se creen que su lujosa máquina puede ser asimilada a una de carreras. La única diferencia que hay, según ellos, es la audacia, y consideran que ellos la pueden tener.

Poner un coche al máximo durante algunos kilómetros, está al alcance de todo el mundo; pero servirse de ese máximo hasta el extremo límite, sinforzar el motor, para obtener durante horas un término medio aproximado a 150 hora, necesita un esfuerzo físico, que únicamente el hombre entrenado, que ha sabido acorazarse de valor, por la costumbre del peligro, es capaz de soporarlo.

El que aspire a la victoria, debe seguir un entrenamiento racional, progresivo y muy duro a veces. Debe aguerirse contra el cansancio físico y contra la depresión moral, causados por el intenso esfuerzo de varias horas y de una lucha sorda contra el camino y sus acechanzas. Este entrenamiento es largo, muy largo.

No se forma el corredor sino después de varias sesiones de carrera y de las mejoras de recorrido en caminos buenos y malos, a velocidades que atraigan sobre la cabeza del desdichado corredor, las maldiciones de carreteros y de otros pasajeros que consideran la ruta como país conquistado; y las contravenciones múltiples señaladas por la Guardia civil tan activa y diligente que sabe jalonar la custodia de los caminos para apreciar la velocidad y vigilarlas.

Al mismo tiempo que los músculos del brazo y del antebrazo producen su esfuerzo, deben resistir las trepidaciones constantes de una dirección a que los neumáticos inflados se empeñan en no querer conservar la línea recta.

Los músculos ligados de la cabeza al tronco tie-



Bordeando profundos barrancos y salvando grandes pendientes el coche alcanza alturas maravillosas que muestran los más bellos lugares de los pintorescos valles.

nen que prestar un continuo trabajo fácil de calcular, multiplicando la superficie de la cara del corredor por el número de kilómetros de presión en centímetro cuadrado. Esto cuando no se tiene parabrisas ni otras protecciones.

Esta fatiga de los músculos del cuello, obra directamente sobre el cerebro y produce a la larga un embotamiento del pensamiento, contra el cual hay que reaccionar y luchar, bajo pena de olvidar una curva o un viraje y el amortiguamiento respetuoso que les es debido.

Y si es la depresión completa, ensayar la lucha con ella es inútil si el entrenamiento del cerebro y del cuerpo no ha podido ser coordinado por una preparación juiciosa y metódica. Sin darse cuenta, el hombre aflojará, o lo que es más grave, olvidará su marcha lo que será entonces vuelco seguro.

¡Cuántos se han visto caer, víctimas del descuido de un instante, porque no se habían sometido a un trabajo preliminar necesario!

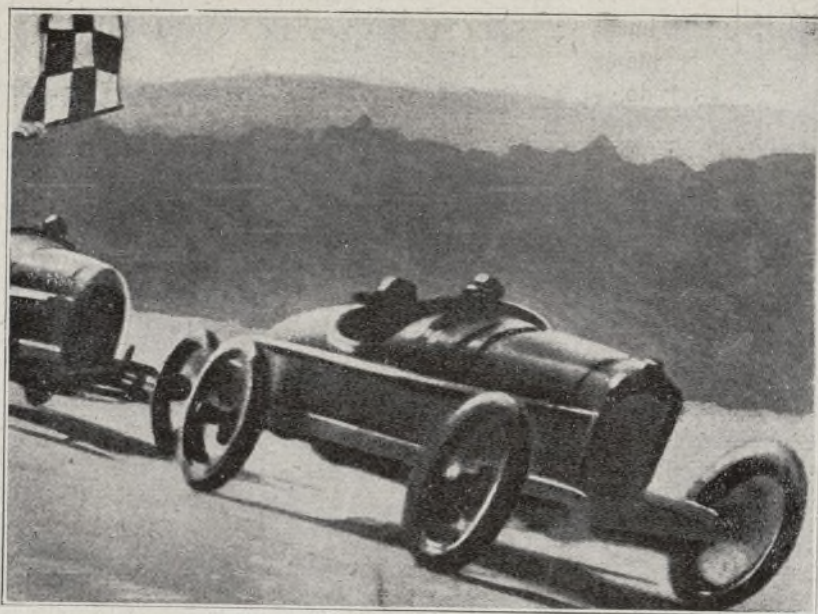
Para luchar con probabilidades de ser el más fuerte, es preciso un entrenamiento perfecto.

A alguien se le ocurrió esta pintoresca definición que da idea del estado del corredor de automóviles:

«El acelerador de un coche de carreras, es un pedalito que se pisa con el pie durante los tres primeros cuartos de hora de la prueba, y con el corazón desde el cuarto».

### Preparación de la carrera.

Muchos jóvenes creen que el oficio se reduce a



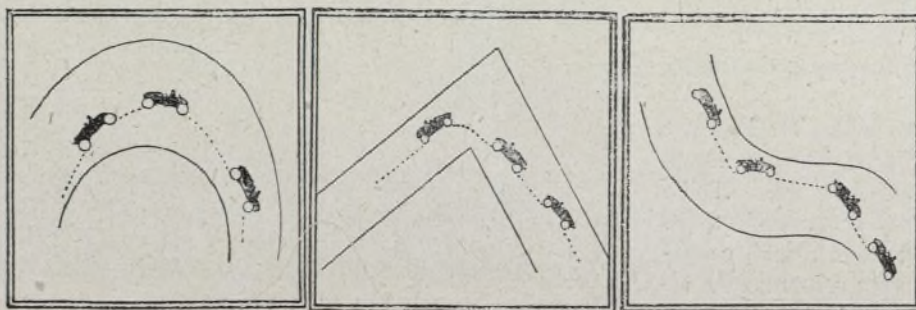
Lanzado a toda carrera, el vértigo de la velocidad se apodera del conductor, que salva distancias con la rapidez del rayo.

montar en el coche y a ensayar algunos días antes del circuito. Los que así lo hicieran irían derechos a un rápido fracaso.

Del mismo modo que las economías se hacen a la larga, la unión del conductor y el automóvil se consigue a fuerza de tiempo.

Suele decirse: «Cambia a menudo de mujer»; pez ¡de coche...! El más terrible handicap—bastante frecuente—es aquél en que se guía un chasis tenido a última hora.

Una vez que está construido el coche que ha de correr, hay que ponerlo en condiciones, y entonces es cuando interviene el conductor como jefe. A él corresponde educar el alma construida por el ingeniero, si así puede decirse. Deberá recurrir a todos sus conocimientos de mecánico y de constructor, para comprender lo que aún falta al motor y para adivinar las mejoras que pueden introducirse.



En curva ordinaria el viraje es hecho a la salida; cuando es en ángulo, el coche pica derecho a su terminación, y cuando es en ese se precipita en el viraje y desciende en línea recta.

No trabajará más que con su máquina hasta el gran día; pensará en él de día y de noche; se despertará imaginando un perfeccionamiento posible. Comenzará por hacer rodar su coche muchos kilómetros, para tenerle por completo en la mano.

Con esto termina la fase de aclitación si el conjunto funciona bien y todos los órganos responden como es debido.

Ahora se trata de pasar a la solución del tercer problema: obtener el máximo de velocidad. Elígese para los ensayos una ruta bastante larga, lo más desierta posible, aunque no es fácil hallarla, y en ella el corredor se lanza a sus anchuras durante horas, mientras severos cronometradores registran el tiempo, sin el menor optimismo.

El período de preparación de la velocidad no es nada divertido. Lleva consigo discusiones constantes, y no siempre amistosas entre el ingeniero y el corredor cada uno defendiendo sus opiniones, con la idea íntima de que su interlocutor es un ignorante. En tales momentos es cuando llegan los nervios a su máxima tensión. ¡Qué destrozo moral cuando el coche no ha dado por hora el suplemento de kilómetros que esperaba! ¡Qué tresteza cuando se da cuenta el corredor de que las mejoras de que esperaba maravillas no le aventajan nada; pero qué voluptuosidad si percibe que la máquina responde a sus aspiraciones!

Al fin el carruaje está completamente preparado y puede hacerse el ensayo en el propio circuito.

Allí no podrán ser reservados sus ensayos; encontrará en el camino camaradas de otras casas, poniendo el cuidado posible, según el temperamento, para intimidar o aflojar, para indicar bien que no quiere descubrirse nada. Se estudian todos los virajes, como el pianista repite durante horas la misma frase.

Este trabajo se efectúa con un coche ordinario, y cuando el conductor ha dominado la ruta, es cuando la aborda con su máquina de carreras.

Pasan los días, aproximándose la fecha, y los ensayos en el circuito son prohibidos. Desmóntanse los coches completamente, verificándose pieza por pieza, revisándolo todo cuidadosamente y reponien-

do cualquier elemento que acuse desgaste o debilidad aparente.

Móntase de nuevo el *bólido* esperado, y el conductor que ha estado sin separarse de su lado durante la preparación, que ya está del todo acabada, puede lanzarse en persecución de la victoria. Hay coches que han recorrido ya 10.000 kilómetros, cuando se presentan a ponerse bajo las órdenes del starter. Suelen ser los de mejor éxito.

\* \* \*

En un sordo rugido se pierde la última palabra; es un bufido que crece y se transforma en un ruido de tela que se rasga; algunas piedras arrancadas al camino, vuelan hacia las cunetas... un punto negro que desaparece. La carrera está empezada.

Durante horas, los hombres que conducen la fina bestia de acero, van a librar una batalla, una guerra sin cuartel, en la ruta, con los demás concurrentes.

Incesantemente, el corredor debe luchar con el dolor que le produzcan en los brazos las vibraciones de la dirección; sea como quiera su entrenamiento, las manos se le crispan nerviosamente alrededor del volante, y no tardan en presentársele las ampollas dolorosas. No hay que dejarse vencer por el sufrimiento.

Estóicamente hay que soportar el mal, porque la menor debilidad se traduciría en irreparable accidente.

Pero estos inconvenientes físicos no son nada al lado de la fatiga del cerebro, que se traduce en olvido de la velocidad.

Es el peor enemigo del conductor, cuando se ha llegado a tal grado; la ruta misma se encarga de indicar brutalmente, que no se la conquistará sin lucha ni sin riesgo.

Y a los grandes virtuosos de la velocidad, que parecían no deber ser nunca la presa del destino, se les ve caídos, no por una imprudencia ni por un defecto, sino por un agotamiento de las facultades cerebrales.



## INFORMACIONES CURIOSAS

# EL AJEDREZ VIVIENTE

Una curiosa partida de ajedrez acaba de ser jugada en Compiègne, el domingo 20 de Mayo, en pleno campo, con piezas vivientes, sobre un «tablero» de cuarenta metros por cada lado, dibujado sobre la hierba.

Partidas semejantes fueron organizadas en diversos sitios, en Inglaterra y recientemente en América, pero no parece que la representación por figuras vivientes haya sido tan numerosa ni tan variada como la de Compiègne, en el campo de juegos de la carretera de Soissons.

Un torneo que tuvo muchas representaciones, fué el dado en Londres, hace cuarenta años, delante de la familia real, aunque con carácter bien diferente.

Gunsberg, Hoffer, Englisch, Tchigorine, Zákertort, Rosenthal, maestros entonces célebres, se encontraron allí. Los personajes que evolucionaban «sobre un tapiz de cuadrados blancos y amarillos, vestidos con trajes de oro y plata», figuraban en él por su cuenta; y estas diversiones de grandes señores, servirían, seguramente, de pretexto combinaciones que no serían exclusivamente ajedrecistas. Se adivina el partido que pudo sacarse de las piezas por la distribución de papeles, desde los de simples peones dados a comparsas hasta los de monarcas, reservados a personajes de consideración, los de brillantes caballeros, los bufones y las pesadas torres, así como las consecuencias galantes o maliciosas resultantes de los movimientos y de las jugadas ¡Juegos de príncipes! Proseguido este juego en la intimidad de cursos particulares, su fasto no podía tener ninguna analogía con el conjunto ofrecido el domingo citado a la curiosidad del público sobre un inmenso tapiz, el verde decorado de la encantadora «Ciudad de la calma».

La originalidad de la fiesta de Compiègne fué el hacer representar las treinta y dos piezas del juego, no por unidades, sino por grupos que adornaban completamente las divisiones de cinco metros en cuadro, trazadas con cal sobre el césped. Cuatrocientos cincuenta trajes de formas y colores diversos, inspirados en los usos del siglo xv, represen-



Los directores del ajedrez viviente, Mr. Pape y Mr. Muffang, disputándose la partida, cuyas jugadas son transmitidas al campo y ejecutadas por las figuras simbólicas en este original torneo.

taban una feliz y fiel reconstitución histórica. Trompeta a caballo, timbaleros, heraldos de armas, jóvenes, gente del pueblo, porta-estandartes, corporaciones, pajes, pífanos, escuderos, alabarderos y hasta culebrinas enganchadas, formaban un pintoresco cortejo que, llegado al campo cercado, se situaban delante de las tribunas para el cambio de saludos, antes de colocarse en las divisiones del juego o alrededor de las barreras.

Reyes, damas, caballeros, todos a caballo, rodeados de muchos señores o damas de honor, los bufones montados en asnos, agitando sus atributos, peones figurados, cada uno compuesto por lo menos de cinco personas, con su banderín del color de su campo, fueron bien pronto colocados en el orden indicado por el jefe o «conductor del juego.» M. Vincet, excelente caballero que, en su soberbio traje oscuro y oro, se multiplica por conducir personalmente los grupos de los dos campos, el blanco y el negro.

Dos jugadores de primer orden, instalados delante del «Tablero» empeñaron entoces una partida, en la que cada golpe era pronto ejecutado sobre el terreno por las piezas vivientes. La tarea era poco cómoda, pues la ciencia de ajedrez se aviene mal con el ruido de las fanfarrias y tan numerosa asistencia, y prefiere la soledad.

Los protagonistas fueron el joven campeón parisiense M. Muffang que en el torneo internacional de Margate, en 1923, se colocó entre los maestros, como segundo *ex-æquo* con el famoso Alékine—el hombre que juega y gana quince partidas simul-

táneas sin ver el tablero—y M. Pape, el experto en objetos de arte, jugador científico por excelencia e impecable táctico.

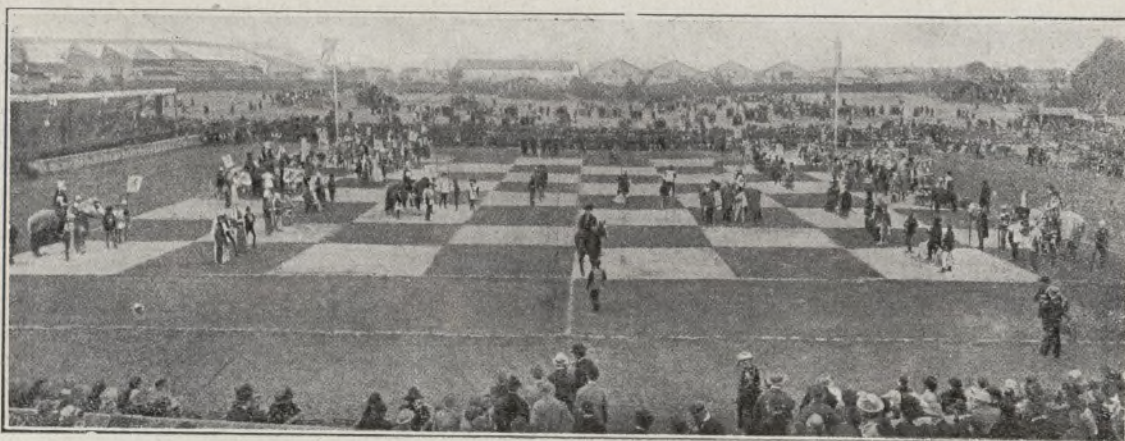
Cerca de ellos estaban M. M. Gavarry, ministro plenipotenciario, presidente de la Federación francesa de los juegos de ajedrez, Tauber y Conti, vicepresidentes, y M. Guyard, presidente de los *Juegos de ajedrez del Palaix-Royal*, así como pajes encargados de transmitir las jugadas al conductor del juego.

Primer toque de trompetas: los frentes se inclinan saludándose. M. Muffang, que dirige los blancos, se apresta a apoderarse de una *pieza*... Se previene que los dos adversarios estén igualmente de-

je del grupo del peón del Rey, no debía dejarse conducir más que retorciendo sus brazos y dando gritos de desesperación. A su edad, la sonrisa es más fácil y su fingido dolor se escapa pronto.

La partida se prosiguió con alternativas diversas, hechas sobre el terreno de una forma expresiva y divertida, con escenas belicosas o pintorescas. Los bufones agitan sus atributos, ruedan por tierra con su montura de cartón y dan lugar a escenas cómicas empujando a su rehacio asno. Reyes y reinas, con paso majestuoso se colocan con gran aparato, con toda su corte, cambiando saludos o amenazas, según el caso.

En fin, a las diez y siete jugadas, la partida se



He aquí el aspecto del famoso «tablero» del ajedrez viviente, marcado sobre un campo de 40 metros cuadrados, en donde se ven evolucionar los 175 personajes, que figuran, por grupos, las 32 piezas del histórico juego.

cididos en precipitar la acción. Nada de prudentes circunvalaciones, de cálculos prolongados. ¡Guerra de movimiento!

No se hubiera desplegado más talento, si la partida, como sería del caso, pudiera soportar enseguida el exámen severo de los críticos.

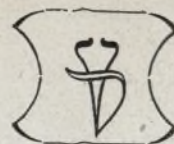
Suena la trompetería: un paje avanza, transmite una orden al conductor que hace ejecutar pronto la primera jugada; esta es que el peón del Rey blanco que se desplaza y va a ocupar la casilla cuarta de la línea del Rey. Los negros (aquí en traje azul), responden con una jugada idéntica. Al tercer pase se produce un incidente: los negros capturan a un peón y se les vé bien pronto apoderarse con gran aparato de este centinela perdido.

Un silbido del Jefe del juego, un gesto, una orden. El piquete de reserva de hombres armados del campo negro, se precipita con la alabarda en alto, rodea al vencido y le arrastra en apariencia a viva fuerza. Se había convenido que la encantadora jovencilla que figuraba como el primer persona-

detiene para que una decisión sea intervenida; los dos adversarios, en una situación igualmente delicada, se obstinan en volver a hacer la misma jugada. Los negros, para que esta maniobra, no pudiera discutirse indefinidamente, proponen declarar nula la partida. La paz, es pues, hecha en los dos campos: blancos y negros se aproximan saludándose, las trompetas suenan, apenas se extinguen las últimas notas de los orfeones, con acompañamiento de gaita por los grupos corporativos, los pajes hacen sonar su pífano y el cortejo vuelve a formarse para regresar del stadium de la carretera de Soissons a Compiègne, en un largo desfile que conduce a caballo el alcalde de la villa, M. Fournier-Sarlovéze. De esta manera terminó esta original representación—semejante al «*Bal Joyeux*» en forma de torneo—de un juego que cuenta con numerosos adeptos, entre los que se encuentran M. Bonar Law, quien encontrándose en París la víspera de su dimisión, no desdénó en pasar algunas horas en el Club famoso del jardín de Palais-Royal.



## EL SINCRONISMO MUSICAL



El cinematógrafo, nacido en Francia, de padres franceses, se ha expatriado bien pronto para ir a buscar fortuna en América. La ciencia francesa no ha sufrido por esta ingratitud. Ella ha seguido ocupándose de este niño pródigo y consagrándose a su educación artística, que hasta ahora ha sido descuidada. En la actualidad le han hecho el presente de un nuevo aparato que va a enseñarle sin fatiga la música, la danza y las bellas maneras y darle lecciones de conversación.

Esta pequeña máquina misteriosa que se puede acoplar a cualquier aparato cinematográfico, ha sido bautizada bastante apropiadamente por su inventor con el nombre greco-latino de «visiófono». Es un aparato de sincronización basado sobre un nuevo principio.

Desde las primicias del cinematógrafo se ha buscado vanamente una solución acertada al problema del sincronismo: el interés de una concordancia perfecta entre la visión animada y el comentario musical que la acompaña. La película que se

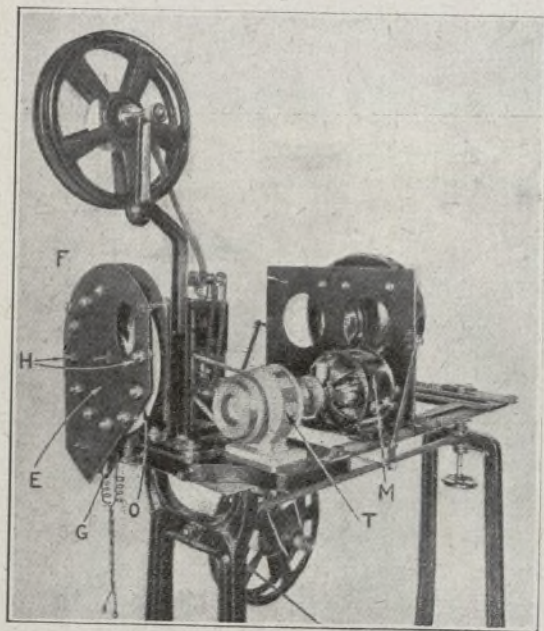
va desarrollando con el ruido monótono del aparato de proyección no encaja bien con el ritmo musical. Es preciso que en la sala oscura, la fantasmagoría luminosa que retiene toda la atención de la vista sea completada y equilibrada por el desarrollo paralelo de las ondas armoniosas, que han de impresionar al oído, de tal forma, que el espectador quede entregado por completo a las su gestiones de la pantalla. A la fascinación puramente física la música añade la elocuencia precisa de un comentario que explica la acción, y que desarrolla el carácter triste o alegre de ésta.

Prácticamente este ajustamiento no ha sido realizado completamente. Los directores de orquesta se aplican a seguir, de la mejor manera posible, la visión animada, ejecutando piezas ligeras, «pots-pourris», esforzándose en hacer coincidir los valses lentos y las marchas fúnebres con las situaciones alegres o trágicas; pero a pesar de toda su atención y destreza, no podían evitar las «bavures» o «rebabas»—digámoslo así—de la música en el momento en que se suceden en la pantalla, las rápidas metamorfosis de la acción. El *lamento* empieza a veces en la escena alegre y es necesario a cada instante cortar bruscamente un *allegro* que se había introducido en plena tragedia.

\*\*\*

Se han propuesto procedimientos para remediar este incesante «desencaje» musical, pero la mayor parte de ellos partían de un principio falso. Se han fabricado ingeniosos mecanismos para que la rotación de un disco fonográfico concordara con el desarrollo de la película. Pero como el gramófono no puede reemplazar, en un comentario sinfónico, la voz persuasiva de la orquesta, este procedimiento no podía satisfacer a los artistas. El *automatismo* en la sincronización no es ideal; es, por el contrario, un escollo que hay que evitar. Pero aun en el caso de desechar, para esta solución, los instrumentos mecánicos de música, la idea de sugetar el brazo del director de orquesta, al aparato de proyección, no es feliz. La coincidencia más perfecta, obtenida en estas condiciones, será sien pre insuficiente; pues de estos ritmos que se quieren ajustar, el uno es exacto; el otro falso. Este último es el que triunfa.

El ritmo falso, cosa singular, es el de la máquina y el ritmo exacto el del hombre. El error está



Aparato de proyección con el visiófono acoplado

El disco obturador O que tiene por delante la película, es accionado por un motor eléctrico ordinario M, acoplado al aparato de transmisión centrifuga T, invento del ingeniero Andreau. El visiófonista modifica a su voluntad la velocidad de rotación de este disco merced al freno electro-magnético F. Este freno, constituido por las piezas H, recibe el flujo magnético de bobina la G. El obturador viene a ser así un receptor de corrientes de Foucault, cuyo efecto es el de provocar un frenaje continuo de intensidad variable.

en la pantalla y la verdad en la orquesta. Todo el problema está en lo siguiente: en lugar de forzar a la música en seguir automáticamente todas las visiones de la pantalla—y con ello todas sus deformaciones—es preciso que, corrigiendo estas deformaciones rítmicas de la visión animada, encaje ésta exactamente en los límites precisos del cuadro musical. Así, la coincidencia no excluirá la flexibilidad, la ejecución conservará su soltura, fuera de toda norma mecánica y no renunciará al privilegio de «la ecuación personal» de la interpretación humana. Sobre esta base racional se sustenta la invención del visiófono.

\* \* \*

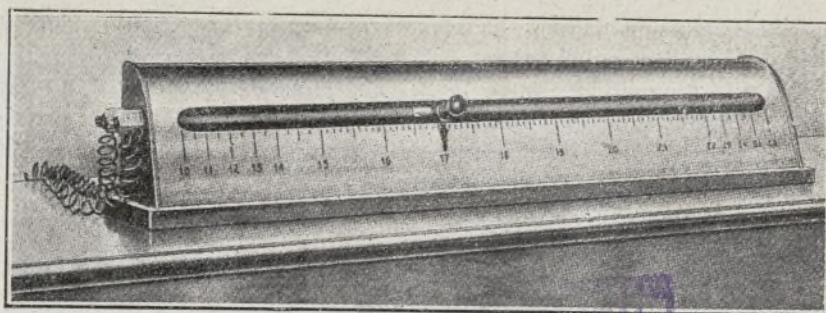
Por ejemplo: Queréis cinematografiar un ritmo elemental; el de un regimiento en marcha. Los soldados marcan el paso con regularidad, a los acentos de una música militar, tocada con toda la precisión de la medida. Recogido todo esto, con todos los ciudadanos deseables y recogido en la pantalla no llega a reconstituir el ritmo del desfile. Los soldados avanzan por grupos, deprisa o lentamente, y, a pesar de toda la destreza, el jefe de orquesta no llegará a ajustar la marcha militar al paso de estos batallones indisciplinados, reflejados en la pantalla. Se ha comprobado frecuentemente esta anomalía.

La explicación de ello es que el cinematógrafo tiene tres graves elementos de deformación rítmica. Un cielo gris, una nube que pasa ocultando el sol, una hora desfavorable obliga muchas veces al operador a interrumpir el desarrollo de la película «virgen», hasta que encuentre mejor ocasión de luz suficiente para la impresión.

Primer coeficiente de error.

El segundo es que el operador, a pesar de sus cuidados, no es dueño de sus nervios ni de los reflejos musculares; las vueltas de manivela, por ésto, no son igualmente exactos en los manipuladores. Las fuerzas de inercia dimanantes del espesor diferente de tal o cual marca de película o del peso variable de la bobina, vienen a multiplicar estas irregularidades.

Cuando proyectéis esta cinta, donde los ritmos son ya falsos, se agravan todavía más estas imperfecciones. El motor, alimentado por una corriente



El «visiófono» es un aparato regulador de la intensidad de la corriente eléctrica. Con la aguja que corre a lo largo de la escala graduada, el visiofonista obtiene en 1/150 de segundo, un cambio de velocidad en la proyección de 18 a 28 imágenes en el mismo tiempo.

eléctrica que tiene sin cesar importantes y bruscas variaciones de voltaje aumenta la irregularidad por sus propias variaciones de velocidad y acaba de destruir el ritmo inicial.

He aquí por qué las «films», más artísticas, las más seleccionadas, que han costado millones de dollars para obtener una «mise en scène» prestigiosa, realizan milagros, pero tienen la dificultad insuperable de no conservar en la pantalla el ritmo del paso humano. Por eso, todos los gestos, todos los movimientos son más o menos falsos por instantes y hay imposibilidad de obtener, por ejemplo, la más elemental realización de danza, que se verifique acompasadamente y con el vigor de la medida musical. Podéis reconstituir en el cinema toda la civilización babilónica; sois incapaces de reconstituir correctamente un modesto paso de polka.

\* \* \*

El inventor del visiófono ha atacado este lado del problema. Su instrumento es un corrector instantáneo de las irregularidades de la visión animada. Para reconstituir un movimiento correcto, es preciso modificar, en todo instante, la velocidad de proyección de la película, aumentar o disminuir el número de imágenes al segundo para dar su velocidad a un ritmo retrasado o para retrasar el ritmo acelerado. El visiofonista—que puede ser el director de la orquesta o uno de los ejecutantes o un observador colocado en un punto cualquiera de la sala—tiene un regulador, en el cual una aguja colocada a lo largo de una escala, le permite conocer el número de imágenes proyectadas al segundo. Con un pequeño movimiento puede imprimir a la proyección la disciplina de este «metrónomo visual» rectificando todas las alternativas del movimiento.

Es el dueño del ritmo de la imagen y tiene los medios de corregir de una manera casi fulminante

cualquier alteración, pues puede hacer pasar las imágenes de diez a veintiocho, a la velocidad de 1/150<sup>e</sup> de segundo. En su cabina, el manipulador deja desarrollar normalmente su banda; el director de orquesta, puede desinteresarse de la proyección y tomar libremente los movimientos de su dirección. El visiofonista asegura entre ellos la ligazón perfecta manejando su pequeño clavijero de velocidades que le permite hacer coincidir el arabesco visual y el arabesco sonoro, a la manera que un pianista sigue las vocalizaciones de un cantor.

El sincronismo, queda con esto realizado de una forma, perfecta, evitando el peligro del automatismo. El peso de la cinta, en su desarrollo, no se hará automáticamente como si fuera el mecanismo de una hilandería, sino que su desenvolvimiento, disciplinado por la mano del artista, tendrá la elasticidad y la flexibilidad de un arco sobre la cuerda. La «film» que no es más que una cinta despiadadamente sacada de una rueda con engrane, viene a convertirse en una materia maleable y ductil que se presta a todas las exigencias de los operadores.

Es fácil prever las consecuencias prácticas de tal

invención. He aquí, desde luego, la entrada en la pantalla, de una realidad más profunda, más humana y más verdadera que da la vida al más artificial de los espectáculos. Hay posibilidad de corregir, de aminorar el movimiento de los actores y de borrar sus faltas de ejecución, que hasta aquí han sido indelebles. Se nota la proximidad del cinematográfico, de la ópera, de la ópera cómica, de la ópera, de todas las expresiones de la danza, a las que había sido preciso renunciar. Los músicos han de ver horizontes y perspectivas ilimitadas de vulgarización. El espectáculo lírico está hoy reservado sólo, por su coste, y como un lujo a las más grandes ciudades; la película lírica irá a todos los lugares. Ella desarrollará en las más pequeñas aglomeraciones el gusto a la música y a las bellas realizaciones musicales.

La creación del visiófono, en suma, puede transformar rápidamente el nivel artístico del cinematógrafo, aportándole nuevos medios de expresión.

Sensibilizando así un aparato de proyección, dará una nota de arte a lo que no era más que una síntesis mecánica de la imagen luminosa.

## CASOS Y COSAS

### Los sonidos y la noche.

El primer hombre de ciencia a quien chocó este fenómeno fué al famoso viajero Humboldt, encontrándose a larga distancia de las cascadas del Orinoco, cuyo rumor le pareció durante la noche tres veces más intenso que de día. Desde luego lo atribuyó a la perfecta transparencia y uniformidad en la densidad del aire, que solamente se encuentran cuando el sol ha desaparecido y el calor de la tierra se ha difundido de una manera uniforme por toda la atmósfera.

En fecha más cercana se ha demostrado que esta mayor intensidad se debe más bien a las diferencias de temperatura entre las capas superiores e inferiores del aire, pues durante el día de las ondas sonoras se dirigen hacia arriba y se pierden en las altas regiones, mientras que por la noche, cuando las condiciones de temperatura están invertidas, dichas ondas tienden hacia abajo, y por consiguiente alcanzan a mayor distancia a la altura del oído.

La quietud de la noche, que también se ha considerado como una causa de este fenómeno, no tiene nada que ver con él más que en las ciudades

donde el ruido del tráfico diario cesa cuando llegan las altas horas de la noche.

### Incendio causado por las aguas.

A primera vista parece que el agua, y sobre todo el mar, no pueden ser causa primera de un incendio; sin embargo, esta aparente paradoja ha tenido lugar recientemente sobre las costas occidentales de Irlanda, en Ballybunion. Las rocas de dichas costas, que desde hace muchos siglos vienen siendo azotadas por las gigantescas olas del Atlántico, contenían en su interior grandes masas de pirita de hierro y alumbre. La acción continua del mar fué desgastando la piedra, hasta que hace poco el agua llegó a estar en contacto con los citados minerales. Inmediatamente tuvo lugar una rápida oxidación que produjo un calor tan intenso, que a poco ardían todas las rocas de Bullybunion.

Durante varias semanas aquella playa ha presentado el aspecto de un inmenso volcán, y grandes nubes de humo y vapor se elevaban en la atmósfera, pudiendo percibirse a gran distancia desde los buques que hacían la travesía desde América a las islas Británicas.

PÁGINA DE ARTE



EXPLORACIÓN, cuadro de Gimm.

## LOS SUPERADOS POR SUS MAQUINAS

En los paquebotes ligeros atraviesa el hombre el Atlántico en menos de ciento cincuenta horas. Hace tres años, el dirigible cubría esa distancia en ochenta y ocho horas, y un avión saltaba de América a Europa en diez y siete. No será extraño que de aquí a pocos años, el genio humano haga descender aún este record por bajo de las diez horas.

Esto, en cuanto a la distancia. Respecto de la altura, sube cada vez más a prisa y más alto.

Montado en esas potentes y ligeras máquinas, salta por encima de las más altas montañas terrestres, flota en la regiones superiores a las nubes donde el pájaro es incapaz de alimentar sus pulmones con el aire.

Ha franqueado ya el escalón de los diez mil metros de altura y se lanzó resueltamente al asalto de los once mil.

¿Le veremos algún día en un vehículo, no imaginado aún, moverse en el seno de una atmósfera, tan alejada y tan ténue, que llegue a convertirse en meteoro celeste, en un satélite del globo?

Su poderosa ciencia, cada día mejor provista y más audaz, inventará sin duda los medios necesarios para tales empresas y para otras que ni siquiera sospechamos. Pero se puede preguntar si el hombre, ese maravilloso conjunto de nervios y músculos, de pensamientos y de sensaciones, podrá seguir la carrera frenética sin extenuarse, ¿no deberá, pronto o tarde, renunciar a realizar los formidables ensueños de su cerebro?

Nos aproximamos tal vez al estado en que todas las fronteras de sus resistencias están alcanzadas, rebasadas, y tendrá que darse por vencido en esta lucha inmemorial entre su inteligencia y desvarío.

Este enigma no es de ahora. Desde las primeras edades, el hombre se dió cuenta de que no podía cumplir todas las tareas que excitaban sus deseos. No sentía ningún rubor en reconocer su debilidad. Cuando contemplaba obras en que su fuerza y su músculo, simplemente multiplicados eran insuficientes, imaginaba superhombres o semidioses. Estos no conocían el cansancio, no retrocedían ante ningún límite. Lo podían hacer todo sencillamente con sus brazos y sus piernas, un pecho y un corazón parecidos a los del hombre; pero que el rey de la creación debía renunciar a realizar.

Sentíase el hombre rodeado de prestigios inaccesibles, sin suponer jamás que su inteligencia pudiera resolverlos; no concebía que sus músculos visibles, sus nervios insospechados, su cerebro mal

acostumbrado, llegasen a conquistarlos. Acaso considerase hasta un crimen pretender acometer empresas que pertenecían a los dioses.

Por impresionarles el fuego, ese fuego a la vez constructor y destructor, ese fuego que calienta, crea y suprime, pensó que Prometeo debía sufrir un suplicio eterno.

Este mito, el más doloroso y más noble de la primera humanidad, representa la aspiración sagrada del hombre hacia las victorias sobre las grandes fuerzas y su modestia.

### La edad del fuego.

Puede preguntarse hoy por qué entre los estados que ha ido franqueando la humanidad, nadie ha pensado definir la edad del fuego. Se habla de la edad del bronce, de la edad del hierro y de algunas otras. Pero no parece que el fuego haya sido por largo tiempo la gran victoria y el gran enigma.

Algunos siglos apenas nos separan del momento en que ese fuego no pertenecía más que a los sacerdotes, que eran los conservadores de él, los banqueros, por así decir.

En la ciudad antigua, ese fuego arrobaba a las divinidades, ese fuego que da lugar muy lentamente a la creación primitiva de los útiles, de los instrumentos pacíficos o guerreros, que dió progresivamente al hombre un poder creciente, ese fuego era cosa más preciosa que el oro y el diamante.

Por medio de él se han instaurado más tarde los primeros balbucientes ecos de la ciencia moderna.

La forja, el fuego artificial, la pólvora de artillería, la máquina de vapor y el motor de explosión, todo lo que en el dominio mecánico nos ha conducido por saltos sucesivos a las grandes velocidades y a las grandes potencias actuales, todo lo que representa alguna de las conquistas supremas hechas a la Naturaleza, ha empezado por ese fuego por el que Prometeo fué condenado a eterno suplicio.

El hombre no dudaba de ello; pues al lado de esa cosa a la que no podía tocar sino con reverencia, adivinaba que su músculo y su fuerza personal no habían llegado a su último término. Lo sentía tan de veras, que en ninguna civilización podemos encontrar al inventor del juego muscular, del deporte, o sea al hombre semidios o dios.

Sin la ayuda del hombre, el caballo de hoy no sería mejor que el de la Iliada. Es poco probable que el león o el marsófila se hubiesen perfecciona-

do solos después de la aparición del hombre sobre la tierra; pero el hombre, abandonando el instinto y siguiendo su voluntad de estar mejor, ha conducido paralelamente el cuidado de su cuerpo y el de su cerebro.

Para ir más a prisa tras los corceles de guerra, inventó la rueda. Esta infancia de su genio que la Naturaleza no le había mostrado, le permitió franquear con menos trabajo las extensiones sólidas; para hacerlo en los océanos inventó el remo y la vela. Para ir más lejos y con más seguridad, su adversario humano y feroz concibió las armas arrojadizas.

En los límites de sus medios, el hombre comenzaba a ir más aceleradamente, a llegar más lejos, a

es únicamente atribuido a algún intelecto superior que maneja las grandes energías disimuladas del universo. Uno después de otro, más precisos, más profundos a medida que pasan lustros, hombres pensadores escudriñan la Naturaleza, arrancándola progresivamente sus secretos; y por sus cálculos, las leyes que descubren, los consejos que dan al constructor o al ingeniero autorizan al hombre a rebasar las alturas permitidas a sus órganos.

Al mismo tiempo, otros hombres no pensadores, pero realizadores, los atletas nuevos de la industria, la batalla, el juego o el deporte, osan servirse de los ingenios ofrecidos por las nuevas fuerzas adaptando sus nervios a este desbordamiento creciente. Son ayudados y aconsejados por la cohorte,



El aeroplano, como el automóvil, prototipo de las máquinas veloces, ejecutan las más difíciles maniobras, salvando los obstáculos en el mismo segundo en que se ponen de manifiesto, pero en muchos casos el cerebro no puede concebir a la rapidez del aparato la maniobra salvadora.

circular en todos los lugares y superficies de su reino. Creía cansarse menos, y tal vez tendría razón, puesto que sin esfuerzo exagerado de sus sentidos y de sus nervios empezaba a aproximarse a las fronteras que hasta entonces habían sido el privilegio de los superhombres o de los dioses; pero ya empezaba a preparar el rebasamiento.

### El vértigo de la velocidad.

En su existencia empezaba a introducir lo que hasta entonces le había sido extraño, lo que no pertenecía a su constitución física, esta nueva compañera de cada uno de sus gestos: la velocidad.

En cada actividad es introducida, es acelerada, llega a ser esencial, triunfante este nuevo deseo de nuestra edad.

De ahí en adelante, a pesar de la resistencia de nuestro organismo, nos lleva a un vértigo en que actualmente no vemos sino el arranque.

No es ya función de superhombres ni de dioses;

cada día más numerosa, de médicos e higienistas que se preocupan del menor músculo y del más pequeño tendón para arrancarle su secreto.

Así, se aumenta sin cesar la lista de los nuevos atletas que cada vez rebasan el record precedente y se va más pronto, más fuerte y más lejos. El corredor, rebasa algunos centímetros al concurrente del mes anterior; el estenógrafo acumula algunos signos más por hora; el jinete hace saltar un obstáculo algo más alto a su cabalgadura; el boxeador es más rápido; el buzo baja un poco más hondo y aguanta algún tiempo más inmerso; el telegrafista, con movimiento nervioso de la mano, aumenta una decena de rayas y puntos por minuto; el nadador aprende nuevos movimientos y realiza lo que se creía imposible hace diez años.

### Los límites de las posibilidades humanas.

No se detendría esta ennumeración. A cualquier lado que se mire se ve que cada instante contiene un poco más de energía. El milagro consiste en que,

hombres escogidos entre todos, hacen hoy las cosas mejor que las hacían algunos años, algunos meses o algunas semanas antes, y lo que hoy es record, mañana será banalidad.

Pero esta carrera fantástica no rebasará ciertos límites, al menos durante el tiempo en que el hombre nazca como es hoy. El corredor pedestre no alcanzará jamás al caballo de carreras; el telegrafista no emitirá nunca un millón de signos por minuto, ni el buzo llegará al fondo de los abismos en que viven los animales ciegos. Hay una frontera, un límite ante el que se deberá confesar vencido, quedando fuera de las virtudes atribuidas a los dioses de la antigüedad, a cuyas obras no podrá llegar.

El sonido recorre trescientos metros por segundo y la luz trescientos mil kilómetros. Un impulso eléctrico da la vuelta al mundo en un instante; en el interior de las moléculas los electrones se agitan con velocidades inconcebibles.

El hombre debe inclinarse y reconocer que no están a su alcance estos misterios, y renunciar a vencerlos.

Sin pretender profetizar lo que su inteligencia y su genio realizarán en las ciencias, en siglos futuros, parece que está a la vista que esas fuerzas naturales le hacen rebasar las fronteras de lo que sus facultades más perfeccionadas le podrían permitir.

El fuego múltiple, el fuego robado al cielo por Prometeo es el que nos hace franquear el primer salto de las posibilidades humanas. El motor de explosión, cuyo calor engendra la rapidez acelerada, nos lleva a lo que nuestros nervios pueden soportar, con los vehículos inventados por el genio y conducidos por el atleta: el automóvil y el avión. Actualmente, el automóvil marcha a velocidades comprendidas entre doscientos y trescientos kiló-

metros por hora. El avión en la atmósfera está entre trescientos y cuatrocientos.

Una velocidad de trescientos sesenta kilómetros por hora, es de cien metros por segundo. El organismo humano, sus músculos, sus nervios, su cerebro ¿puede más? Su influencia nerviosa no pasa de sesenta a ochenta metros por segundo.

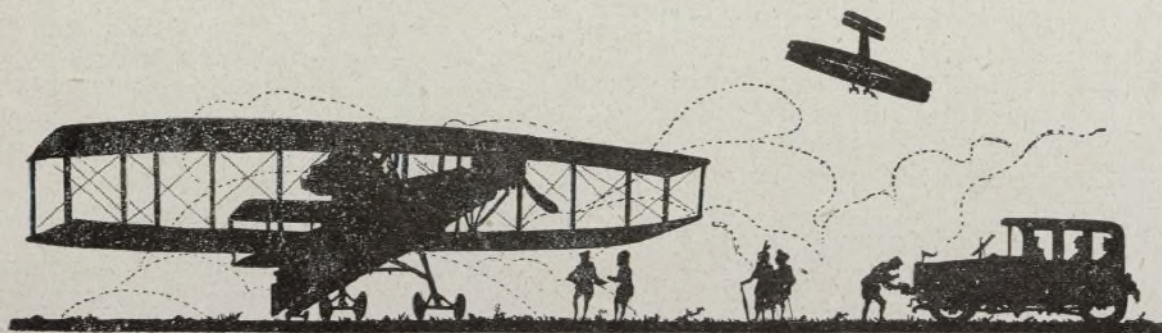
Un obstáculo, un peligro cualquiera surge a ochenta metros del aviador más lúcido y mejor equilibrado; será necesario que lo perciba con sus ojos, que sea transmitido al cerebro esa percepción, que el cerebro conciba la maniobra salvadora, que se ponga en relación la rama nerviosa conveniente, que mueva los músculos de las extremidades de los dedos o las puntas de los pies, y que los miembros eficaces obren sin error sobre el volante o el timón, y que éstos, fieles e instantáneos, obedezcan y concurren al movimiento indispensable.

Pensemos en los retardos imperceptibles, pero reales, de este engarce de movimientos, que deben ser resueltos en menos de un segundo y digamos que el hombre se ha sobrepasado ya con la conquista hecha a la Naturaleza y con la máquina que su genio ha construido.

Ese obstáculo puede ser muy bien un hilo telegráfico, casi invisible, que se le oponga al aterrizar; como también podrían dos aviones precipitarse el uno sobre el otro, y entonces la velocidad sería doble y el salvamento tendría que hacerse en un tercio de segundo o cosa así.

Y estamos en el comienzo de ese frenesí. ¿Qué será en adelante? ¿Se ha rebasado ya el hombre a sí mismo? ¿Será vencido? Es un misterio al que nadie puede responder.

Lo que sí se puede asegurar es que la inteligencia humana no se ha de detener, y cuando no pueda ir más veloz porque se nieguen sus nervios y sus músculos, otras cosas descubrirá.



LOS HÉROES DE LA LEGIÓN

## Don Rafael Valenzuela

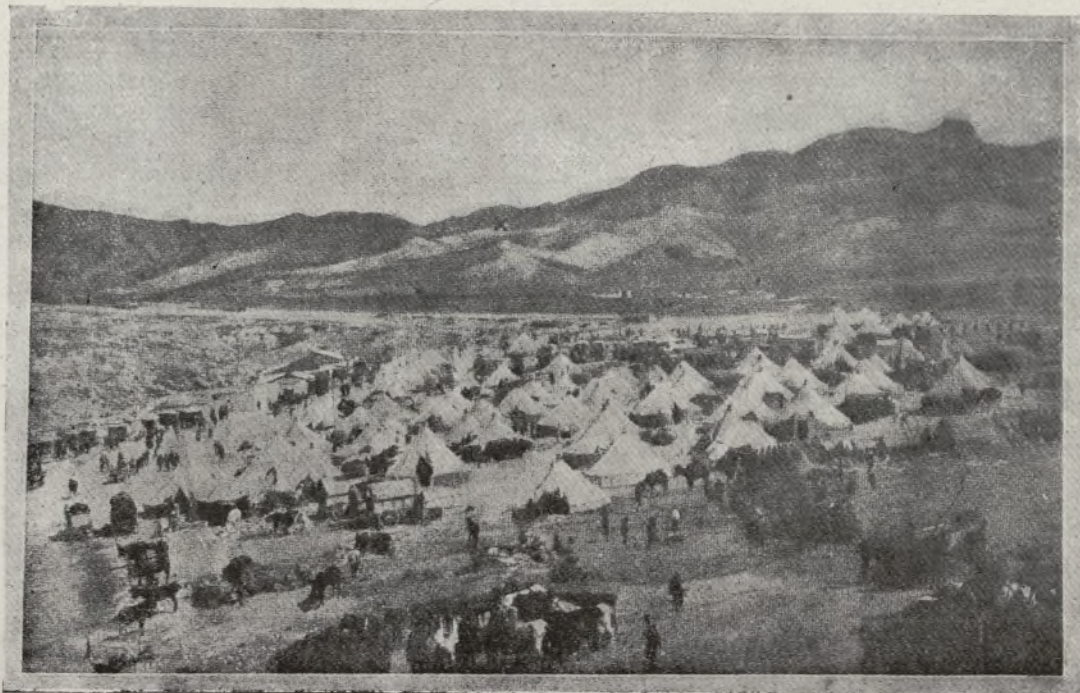
¡La Legión! Cuántas jornadas gloriosas y cuántos gestos heroicos evocan este nombre mágico.

Valenzuela, el fuerte, el arrojado jefe del tercio, escribió una nueva página a costa de su vida, que el heroísmo ha envuelto en púrpura de gloria.

Al frente de sus legionarios, rugiente y febril en su actitud sublime del héroe, lucha denodado, lleno de un poderoso fuego interior que le abrasa la carne y el espíritu, en medio del combate, delante de sus soldados enardecidos en sus bajas, borrachos de coraje, el verse sorprendidos por el guarecido enemigo que, en ventajosa situación parapetados, los acibillan en continuas descargas...

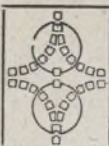
Las bayonetas refulgen en brioso ataque que el teniente coronel Valenzuela, delante de todos inicia, con el ímpetu con que sentía llena su alma, y ofrenda su primera sangre al ser herido en el vientre; se incorpora y quiere seguir adelante, cuando un nuevo balazo en la cabeza le hace caer sin vida, mientras sus fuerzas luchan cuerpo a cuerpo...

En el Pilar, en el templo donde su fé aragonesa tiene su símbolo, descansa el héroe, que al morir luchando, su postrer aliento, como invocación al cielo de que ofrecía su vida por la patria, su boca se movió en un ferviente ¡Viva España!



El barranco de Tizzi-Azza (x) donde murió gloriosamente el heroico Valenzuela.

Ayuntamiento de Madrid



## Las tenebrosas sociedades de mendigos en China

*Su organización secreta representa una fuerza imposible de resistir.—Los mendigos organizados realizan los mandatos de un «Comité Supremo» que condena con la muerte toda desobediencia.—Los comerciantes que no estén en inteligencia con los mendigos están expuestos a las más terribles represalias.*

Su organización secreta representa una fuerza imposible de resistir. Los mendigos organizados realizan los mandatos de un «Comité Supremo» que condena con la muerte toda desobediencia. Los comerciantes que no estén en inteligencia con los mendigos, están expuestos a las más terribles represalias.

El sindicalismo, que es casi una novedad en Eu-



Los ciegos mendigos chinos atruenan los oídos de los transeúntes con extraña música producida por los más exóticos instrumentos de su invención.

ropa, es, por el contrario entre los chinos, una institución tan antigua como el mundo. Entre ellos todos los oficios y profesiones están fuertemente organizados, formando cada uno una corporación severamente cerrada a los intrusos.

Un carpintero que quisiera abandonar sus útiles para consagrarse al comercio; un revendedor de frutas y verduras que hubiera formado el proyecto de instalar un taller de carpintería; un barquero que, cansado de su vida semi-acuática, ambicionara cambiarse en un peón de albañil o mozo de cuerda, se encontraría con obstáculos infranqueables.

Conforme a esto, se han dictado leyes y costumbres seculares: todo hombre debe abrazar el oficio de su padre. No se puede vulnerar esta regla más que en casos muy excepcionales: el hijo de un obrero o de un paisano que cursa con éxito sus exámenes de letrado (o bachiller) puede ingresar en el cuerpo de funcionarios.

Los mendigos mismos tienen sus sindicatos, que no son menos poderosos que los demás.

Todos los afiliados reciben, a falta de un carnet o escrito, un objeto portátil (pequeño pedazo de madera, o de tela, o cinta, etc.) que les sirve como signo de identidad y que guardan y aprecian como a la niña de sus ojos. Si le pierden, les cuesta caro el reemplazarlo, y corren el riesgo de ser expulsados de la corporación, que equivale para ellos a una «condena al suicidio».

Estas organizaciones de mendigos son muy numerosas. Gozan de cierta autonomía, pero obedecen a un organismo centralizado en cada provincia o vicereinado. A su vez estos centros rinden sus cuentas un «Comité Supremo» que rige todos los destinos de mendigos de muchas provincias.

Es una masonería, de la que se desconocen todos sus misterios. Se ignora si existe un Comité secreto central para toda la China, capaz de dirigir los centenares de mendigos. Se cree que las tres divisiones geográficas y étnicas de este vasto país, China del Norte, del Sur y Media, poseen aisladamente uno de estos Comités secretos.

Los mendigos afiliados a un sindicato deben contribuir al fin de cada «luna» con la décima de sus



Para impresionar al público se muestran cubiertos de arapos y repugnantes llagas producidas por sus misteriosos facultativos.

imosnas en metálico, porque las de alimentos o vestidos están exentas de este arbitrio.

Para velar por la honradez y fidelidad de sus afiliados, el sindicato tiene «detectives», quienes denuncian las infracciones. Pero éstas son raras; los castigos que les imponen son de tal naturaleza, que hacen ser honrados a los menos escrupulosos.

Un hombre que escamoteara alguna cantidad de su limosna, sería hombre muerto. Se vería impulsado a suicidarse; no le serviría el cambiar de provincia. Su depredación sería transmitida a los sindicatos limitrofes, y éstos le rehusarían el signo de identidad indispensable para ejercer su «profesión» de mendigo.

Su solo recurso sería abandonar esta profesión y dedicarse a algún oficio en algún astillero o taller dirigido por extranjeros. Pero un mendigo profesional hace siempre un detestable obrero. Y las venganzas del sindicato pueden perseguirle y aco- sarle aun en tierra extranjera.

Las principales funciones del «estado mayor» consisten en servir de intermediario entre «explo- tados» y «explotadores», es decir, entre el público y los mendigos. Su principal arma es «la suscrip- ción a la mendicidad».

En los puertos o villas donde los extranjeros son admitidos para ejercer el comercio, todos los alma- cenes pagan una cantidad mensual al sindicato, como limosna, para evitar las visitas de los mendi- gos; cantidad que se calcula según la importancia y naturaleza del comercio.

Por ejemplo: un comerciante de comestibles al por mayor pagaría menos que uno de baratijas y recuerdos para turistas. La razón de esta deferencia salta a la vista; el primero se hallaría contrariado por la visita de los mendigos, mientras que el se- gundo vería declinar su negocio si expusiera la dis- tinguida clientela de su comercio en contacto con pordioseros cubiertos de arapos y males repug- nantes.

Todo comerciante que intenta resistirse a este «chantage» es venci- do de antemano. En Amoy, villa florecien- te de la China meri- dional, ocurrió el si- guiente hecho: era el año de 1913; una fuer- te casa de Hamburgo acababa de instalar un almacén de nove- dades, donde se ven- día las mercancías más variadas, incluso bebidas y pasteles.

Un representante del sindicato de men- digos de Amoy trató de explicar al direc- tor Walter Hermann la ventaja del abono. Fué expulsado grose- ramente del recinto.

Al día siguiente una fila de veinte ciegos haraposos, conduci- dos por un joven «chillón», invadió el almacén implorando en alta voz la caridad.

A fin de ahuyentar tan molesta visita, el director les hizo dis- tribuir algunas mo-



Con la más repugnante y exa- gerada desnudez las mujeres imploran la caridad con estu- diadas quejas planíderas.

nedas. Pero una hora más tarde, una banda de leprosos sucedió a la de ciegos, y los clientes, europeos e indígenas que estaban haciendo sus compras, abandonaron el local.

Al día siguiente se repitieron estos incidentes. Exasperado Hermann fué a quejarse a su cónsul y éste al *tutuh*, gobernador indígena de la villa. Dos agentes de policía se colocaron en la puerta del almacén para impedir la entrada a los mendigos.

Al siguiente día todos los de la villa, en varios centenares, se desplegaron por los alrededores del almacén. Ostentaban sus harapos y sus llagas horribles en las aceras mismas en que estaban las elegantes vitrinas.

Los clientes que llegaban para hacer sus encargos, no pudiendo entrar en el almacén sin tropezarse con los mendigos, retrocedían para ir a hacer sus encargos en otra parte.

Herr Hermann comprendió que la partida estaba perdida. Envió a buscar al representante del sindicato, quien señaló el abono o suscripción que tenía que pagar.

El alemán, encontrando la suma exagerada—pues era la de 2.000 francos al mes—se indignó y echó al chino a puntapiés.

Algunas horas más tarde, el populacho asaltaba el almacén, rompía los cristales y destrozaba las estanterías. El cónsul de Alemania pidió reparación por ello. Pero su administrado se había puesto fuera de razón golpeando a un indígena, y el asunto fué juzgado en contra, teniendo que abandonar el país después de haber perdido su negocio.

Los directores de estos sindicatos se desarrollan en un mistesio impenetrable. Cuando dan a conocer su personalidad, constituye un caso excepcional.

He aquí una curiosa anécdota: En 1901, el director de las Aduanas chinas, que era un inglés, hizo pesquisas contra un rico negociante chino de Changhai, acusado de introducir mercancías de contrabando.

Este hombre de avanzada edad tenía valuada su fortuna en cuatro o cinco millones, había visitado Europa y los Estados Unidos y gozara de la consideración general. Sentaba a su mesa a muchos cónsules extranjeros que se preciaban de ser sus amigos.

Pues bien; se averiguó que este señor era el jefe supremo de los mendigos. ¡Figurense la sorpresa de los cónsules cuando se enteraron.

Estas corporaciones tienen sus médicos. Pero la principal ocupación de éstos no es curar las enfermedades de sus clientes, sinó, por el contrario, en «dotarles» de enfermedades impresionantes, susceptibles de embeber al público.

Estos facultativos, tienen secretos para provocar en el cuerpo humano llagas de aspecto repulsivo. Un mendigo así «señalado» está cierto de acrecer sus limosnas.

Si se contentaran con este proceder el mal no sería grande; pero también se ocupaban en señalar a los niños, con peligro de su vida, y en dar a sus miembros contorsiones horribles. A su ciencia infernal se debe el que su campo de elección sea «la Corte de los milagros».

## LA PALABRA DEL HOMBRE - POR E. DE PALMA

Aquel Hombre de tez curtida y ojos dulcísimos, caminaba con su lento y majestuoso paso a través de pueblos y ciudades, derramando el consuelo de sus palabras y aumentando por doquier la masa de creyentes en sus doctrinas de redención.

Sembraba amores y odios; los menesterosos, los oprimidos, los que padecían hambre y sed de justicia, doblaban las rodillas y humillaban la cerviz ante el bendito, y besaban su túnica derramando lágrimas de consuelo y bienaventuranza... Los ahitos de bienes cerraban los mantos sobre sus rostros, contraídos por la vergüenza y el despecho, y se alejaban de la zona de humildad y bien, pretendiendo ocultar en la sombra sus soberbias, humilladas por la oración de paz y de amor fraternal.

\* \* \*

Y seguía aumentando el séquito del hombre inerte e indefenso, acogiéndose a su bondad mujeres, niños y ancianos, buscando en la defensa de la dulzura, protección para su debilidad, y el

Hombre los cobijaba con una mirada de misericordia y sentíanse a cubierto de asechanzas y maldades, amparados por una criatura descalza y perseguida, que les hablaba de redención divina en un más allá emancipado de las iniquidades humanas, como premio a la resignación de los que sufren...

\* \* \*

Y cuando el Hombre eleva su mirada al infinito, ilusionado de haber obtenido, con su mágico canto a la Creación, el reinado de la fraternidad entre los hombres, las armas que inventó el egoísmo y la maldad rodean al Sér bueno que quiso difundir la paz y, muriendo entre las manos de sus hermanos, sólo supo exclamar como venganza a sus verdugos: «Amaos los unos a los otros», y «Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen.»

Sigue muriendo el Hombre a manos fraticidas, y seguimos *difundiendo* la palabra del Hombre... «Amaos los unos a los otros...»



## LA RUTA

Después de una temporada de silencio, Minelli-González, el sensitivo y gran poeta americano, por quien tanta admiración y cariño sentimos en esta Redacción, se reintegra a la vida literaria en donde tantos triunfos le esperan.

### I

Se abre a mis ojos calmos magnífico el camino.

yo me creo un esbelto arriero montañés...

Marcho tranquilamente, sin tino ni destino,

al azar de mis sueños y al azar de mis pies.

Voy deshojando al viento mis ilusiones nulas,

por las rutas mojadas, con mi blusa de «drill»;

marcan sus doce cascos mis tres vetustas mulas:

pinta sus paralelas mi carreta senil...

Voy cantando mi copla por la senda desierta;

me sigue un can de guardia, mi perro «Cololo»;

no hay campesina alguna que me espere a la puerta

y no llevamos prisa, ni mis bestias ni yo...

Yo, me digo que, en suma, entre tanta mentira

es este campo mudo mi sola realidad...

Y, en éxtasis, pregunto, sin tristeza, ni ira:

—¿Mi ayer fué una mentira...?

—¿Fué acaso una verdad?

Y, cual una respuesta a mis ojos esquivos,

como heraldos callados de un sol primaveral,

tres golondrinas dejan sus puntos suspensivos,

en la página en blanco de un cielo de cristal.

Y, al azar de mis pasos por los campos honrados,

sin pensar ya en mujeres pienso en una mujer:

en la mentira verde de sus ojos mojados

y en la mentira rubia de su abrazo postrer.

Y, el campo, el campo largo me dice.

—«¡Qué te importa!»

«Prosigue por tu ruta, al azar de tus pies.

La vida, dolorosa o alegre, larga o corta,

y, a pesar de sus largas horas, qué corta es!»

«Refresca, allá en las aguas mansas de la cañada,

tus mejillas que soles ardientes tostarán,

y, duérmete en la noche, profunda y perfumada,

enfrente de tu estrella, al lado de tu can.

### II

Que mi estrella me guie y mi perro me siga...

Proseguiré mi ruta mañana, con el Sol...

Llevaré mi carreta, mis mulas, mi cantiga,

mi corazón de indio, mi sangre de español.

Y, después ya veremos...

Que mis pasos inciertos,

aunque inciertos, avancen... (¡Señor! no pido más...)

Y volveré a la vida con los ojos abiertos,

que, aunque la vida es corta, aún es tiempo quizás!

Por ahora mi carreta, mis mulas, las esquilas,

mi viejo perro flaco... Sus patas y mis pies

y las pesadas ruedas por las rutas tranquilas,

por ahora. Por ahora... Ya veremos después.

PABLO MINELLI-GONZÁLEZ.



## LA FLOR DE LA SALUD

por Emilia Pardo Bazán

—No lo dude usted—declaró el médico, afirmándose las gafas con el pulgar y el anular de la abierta mano izquierda.—He realizado una curación sobrenatural, milagrosa, digna de la piscina de Lourdes. He salvado a un hombre que se moría por instantes, sin recetas; ni píldoras, ni directorio, ni método... sin más que ofrecerle una dosis del licor verde que llaman esperanza.... y proponerle un acertijo...

—¿Higiénico?

—¡Botánico!

—¿Y quién era el enfermo?

—El desahuciado, dirá usted; Norberto Quiñones.

—¡Norberto Quiñones! Ahora sí que admiro su habilidad, doctor, y le tengo más que por médico, por taumaturgo. Ese muchacho, que había nacido robusto y fuerte, al llegar a la juventud se encenagó en vicios y se precipitó a mil enormes disparates, apuestas locas y brutales regodeos: tal se puso, que la última vez que le vi en sociedad no le conocía: creí que me hallaba un espectro, un alma del otro mundo.

—El mismo efecto me produjo a mí—repuso el doctor.—Difícilmente se hallará demacración semejante ni ruina fisiológica más total. Ya sabe usted que Norberto, rico y refinado, vivía en un piso coquetón, muy acolchadito y lleno de baratijas; su cama, que era de esas antiguas, salomónicas y con bronces, la revestían paños bordados del Renacimiento, plata y raso carmesí. Pues le juro a usted

que en la tal cama, sobre el fondo rojo del brocado, Norberto era la propia imagen de la muerte: un difunto amarillo, con tez de cera y ojos de cristal. Para contraste, a su cabecera estaba la vida, representada por una mujer mórbida, ojinegra, de cutis de raso moreno, de boca de granada partida, de lozanísima frescura y alarmante languidez mimosa—la enfermera que manda el diablo a sus favoritos, para que les disponga según conviene el cuerpo y el alma.

Norberto me alargó la mano, un manojo de huesos cubiertos por una piel pegajosa que ardía y trasudaba, y mirándome con ansia infinita, me dijo cavernosamente:

—No me deje usted morir así, doctor. Tengo veintiséis años y me da frío la idea de invernar en el cementerio. Es imposible que haya usted agotado todos los recursos de la ciencia.

¡El ruego me conmovió, y eso que la práctica nos endruece tanto! Tuve una inspiración; sentí un chispazo parecido al que debe percibir el creador, el artista... y con los ojos hice señas de que la india estorbaba.

—Vete, niña,—ordenó sin más explicaciones Norberto; y nos quedamos solos.

Le apreté la mano con energía, y sacando el pomo del consabido licor verde, lo derramé en sus labios a oleadas.

—Animo—le dije.—Usted va a sanar pronto. Volverá usted a tener vigor en los músculos, hierro

en la sangre, oxígeno en el pulmón; las funciones de su organismo serán otra vez normales, plácidas y oportunas; el ritmo de la salud hará precipitarse el torrente vital, rápido y gozoso, de las arterias al corazón, y subiéndolo luego al cerebro despejado, engendrará en él las claras ideas del presente y los dorados sueños del porvenir... Estoy seguro de lo que prometo, seguro, ¿lo oye? usted sanará. No debo oculiarle a usted que la ciencia, lo que se dice la ciencia, ya no me ofrece recurso alguno nuevo, ni útil. Humanamente hablando, no tiene usted cura; pero donde acaba la naturaleza principia lo sobrenatural y portentoso, que no es sino lo desconocido o *inclasificado*... La casualidad me permite ofrecer a usted el misterioso remedio que le devolverá instantáneamente todo cuanto perdió.

Cualquiera pensaría que al hablarle así a Norberto, iba a mirarme con honda desconfianza, sospechando una piadosa engañifa. ¡Ah, y qué poco conocería el que tal imaginase la condición de nuestro espíritu, en cuyos ocultos repliegues late permanentemente la *credulidad*, dispuesta a adoptar forma superior y llamarse *fé*!

Los ojos de Norberto se animaban; un tinte rosado se difundía por sus pómulos. Ansioso, incorporado casi, se cogía a mi levita, interrogándome con su actitud.

—Hay—le dije—una flor que devuelve instantáneamente la salud al que tiene la fortuna de descubrirla y cortarla por su propia mano. Esta condición ineludible y el no saberse dónde ni cuándo se produce la tal flor, son causa de que por ahora se hayan aprovechado de ella poquísimos enfermos. Digo que no se sabe dónde ni cuándo se produce, porque si bien suele encontrarse en las más altas montañas, también afirman que brota en la orilla del mar, a poca profundidad, entre las peñas; pero a veces, en leguas y leguas de costa o de monte, no aparece ni rastro de la flor. En cambio tiene la ventaja de que no puede confundirse con ninguna otra: ¡imagínese usted la alegría del que la ve! Es del tamaño de una avellana: su forma imita bastante bien la de un corazón; el color, encarnado visísimo; el olor, a almendra. No la equivoca usted, no. Pero si va usted acompañado; si es otro el que la coge... entonces, amiguito, haga usted cuenta que perdió malamente el tiempo.

No afirmo que Norberto creyese a pies juntillas lo que yo iba diciéndole con imperturbable seriedad y calor persuasivo. Si he de ser franco, supongo que dudó, y hasta me tuvo a ratos por un patrañero, un visionario o un socarrón importuno. Sin embargo, yo sabía que mis palabras no habían de caer en saco roto, porque a la larga siempre admi-



timos lo que nos consuela, y más en la suprema hora en que nos invade la desesperación y quisiéramos agarrarnos aunque fuese a un hilito de araña. La expresión del rostro de Norberto cambió dos o tres veces; le vi pasar del escepticismo a la confianza loca, y por último, tomándome la mano entre las suyas febriles, exclamó trémulo de afán.

—¿Puede usted jurarme que no se está burlando de un moribundo?

No sé si usted conoce mi modo de pensar en esto del juramento. Le atribuyo escasísimo valor; es una fórmula caballerescas, romántica e idealista, que entraña la afirmación de la inmutabilidad de nuestros sentimientos y convicciones—de que se derivan nuestros actos,—siendo así que la idea y la acción nacen de circunstancias actuales, vivas y urgentes. No dando valor al juramento, mi moral tampoco se lo da al perjuicio. Juré en falso, pues, con absoluta frescura, calma y convencimiento de hacer bien; y juré en falso invocando el nombre de Dios en la seguridad de que Dios, que es benigno, también quería que el milagro se hiciese...

Y empezó a hacerse desde aquel mismo punto. Norberto, electrizado con la certeza de poder vivir, se irguió, se echo de la cama, sin ayuda de nadie fué hasta la puerta; llamó a su ayuda de cámara, y le ordenó preparar, inmediatamente, maletas y mantas de camino...

—¿Solito eh?—le repetí.—¡No olvidarse!

¡Solito! Ya lo creo que se fué solito Norberto. Desde su partida, todas las mañanas me desperté con miedo de recibir la esquela orlada de luto. Pasó, sin embargo, año y medio; encontré a los amigos del enfermo; averigüé que nada se sabía de su paradero, pero que vivía. Y al cabo de diez y ocho meses, una tarde que me disponía a salir y ya tenía el coche enganchado para la visita diaria, entró como un huracán un fornido mozo, de traje gris, de hongo avellana, de obscura barba, de rostro atezado, que me estrujó con ímpetu entre los brazos musculosos y recios.

—¡Soy yo!—repetía en voz sonora y alegre.—¡Norberto! ¿No me conoce usted? No me extraña; debo estar algo variado... ¿Qué le parece? ¡Cuánto se ha reído usted de mí! Y lo peor es que ha hecho muy bien, muy bien. Si no es por usted, no encuentro la flor de la salud. ¿La ve usted? Aquí la traigo.

Abrió un estuche de cuero de Rusia y vi brillar sobre raso blanco un afiler de corbata de un solo rubí, cercado de brillantes, en forma de corazón, que me entregó entre empujones amistosos y carcajadas.

—La he buscado primero a orillas del mar. Todos los días registraba las peñas. Al principio me cansaba tanto, que me daban síncope largos en que pensé quedarme. Pero me sostenía la ilusión

de descubrir la flor. El aire del mar y el perseverante ejercicio me prestaron alguna fuerza. Ya no me arrastraba: andaba despacio. Registré bien la costa, peñón por peñón: la flor no la vi. Entonces me interné en un valle muy rústico y retirado. Me pasaba todo el día agachadito, busca que te buscarás. Vivía entre aldeanos. Comía pan moreno, bebía leche. A cada paso me encontraba mejor... ¡Usted adivina lo demás! De allí subí a las montañas, nevadas y fieras, que en otro tiempo me parecían horribles... Trepé a los picachos, recorrí los desfiladeros, evité los aludes, cacé, tuve frío, dormí a dos mil metros sobre el nivel del mar... Y un día, embriagado por el ambiente purísimo, sintiendo carnes de acero bajo mi piel de bronce, recuerdo que caí de rodillas en una meseta, y creí ver entre el musgo nuevo, húmedo y escarchado por el deshielo, la roja flor!

—¡Pues ahora—advertí al mozo—que se ha cogido la flor, a cuidarla! ¡Que no se seque!

Norberto volvió la cara... Al anocheecer del día siguiente le vi por casualidad, de lejos; acompañaba a una mujer, y me pareció que se escurría entre callejuelas, para no tropezarme. Entonces (me había dejado sus señas) le escribí este lacónico billetito:

«El santo Doctor\*\*\* no repite los milagros.»

## CURIOSIDADES

### Motivo de una sonata.

Al pasar una noche Beethoven por una de las calles de Viena oyó tocar una música con mucha perfección. Sin andarse con ceremonias entró en la casa y penetró en el cuarto de donde provenía la música. En él había una muchacha tocando el piano. Asombrada por la súbita entrada del intruso volvió el rostro y Beethoven pudo observar que la infeliz era ciega. Tranquilizola y la ofreció tocar una pieza. La muchacha accedió a ello, quedando admirada de la belleza de la música.

La luz de la luna, que entraba por una ventana y daba en el rostro de la ciega, sugirió a Beethoven la idea de componer allí mismo una sonata titulada *A la luz de la luna*. La muchacha, al oírle tocar con aquella expresión y aquel talento, comprendió instintivamente que quien estaba a su lado era el gran compositor Beethoven.

La sonata fué dedicada a la condesa Giulietta di

Quisciardi, de la cual estuvo algún tiempo enamorado Beethoven.

### La cabeza de león en las fuentes.

Puede comprobarse el remoto origen de tal costumbre, observando que existía ya en Egipto.

En la época en que el Nilo se desborda, el Sol está en la constelación de León, y de aquí se colige que el león fuese el símbolo del desbordamiento de las aguas. Lo tomaron los griegos de los egipcios y de ellos pasó a los romanos. Es posible que también haya existido en la Edad Media, pero en aquel tiempo es más razonable suponer que la cabeza de león en escultura o en fuentes fuera tomada del escudo de armas del señor del país en cuyo honor se había erigido, mucho más si se tiene en cuenta que el león aparece en la mayor parte de los escudos europeos.

# EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA, POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACIÓN)

espíritus descargó entonces en un aplauso tímido, que, al ver al jinete acercarse, guiando el caballo y dominándolo, se hizo delirante. Todos los otros habían conseguido lo mismo, pero ninguno emocionó tanto como su hazaña. Y ya Daniel se apeaba, sin sombrero, sin cuello, sin corbata, desgarrada la ropa, empapando el suelo con su sudor, sangrándole las manos, y los aplausos aún seguían. Trujillo aplaudió también, sinceramente maravillado, viendo al potro seguirle de la rienda, tan convencido de su deber de obediencia a aquel hombre, tan domado que, de haber cerca algún vallado verde, no dejaría de triscar gustoso las tiernas hojitas. Entretanto, los argentinos que con él compitieron felicitaban a Daniel noblemente.

—Ha hecho una hombrada, che. Venga esa mano.

—Venga esa mano, criollazo.

Y Estela, que desde hacía rato le estaba dirigiendo una mirada atenta y grave, se acercó resuelta, alargándole la flor, mientras sonreía con su sonrisa luminosa y extraña.

—Ha llegado el último, pero todos creo que se la ceden. La ganó como nadie...

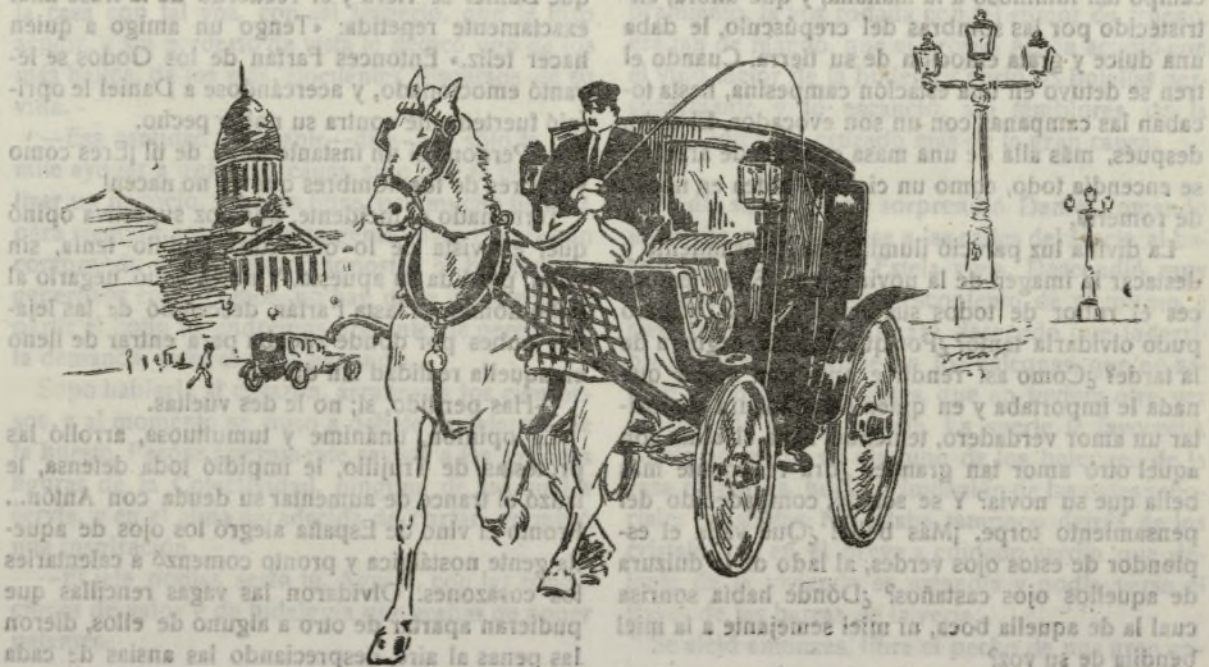
Daniel tardó en hablar, fatigado, jadeante aún. Cobró al fin aliento en un suspiro, y miró a Estela con ojos fríos, indiferentes.

—No la he ganado, pero la acepto. Tengo un amigo a quien hacer feliz.

## VII

El viaje de regreso lo hizo Daniel decidido a seguir la suerte de sus compañeros de hospedaje. No tenía fe ninguna en los resultados de la expedición. Pero Iturbe, de quien tanto esperó, le había hablado de la aventura, anonadándole. Tan metido en negocios, tan razonable como lo creyó hasta entonces, llegó a decirle que no siempre había sido un hombre esencialmente práctico. Allí en Asturias, durante muchos años hizo versos, se consagró enteramente a la poesía, y apagado el fuego por culpa de la dura vida americana, algo del divino rescaldo le quedaba en el alma todavía. Y hasta suspiró sentidamente:

—Tal vez no tarde en dar a todos ustedes una sorpresa.



Ayuntamiento de Madrid

Tratábase sin duda de la sorpresa de un poema, y Daniel le miró casi con rencor, como una víctima pronta a rebelarse. No tardó en volver a la cordura. Verdaderamente, ¿qué podía reprochar a Iturbe? ¿Qué le había prometido aquel hombre? ¿Dónde estaba el engaño que le censuraba? Pero desvanecida la esperanza que le sostuvo hasta entonces, otra vez indeciso el problema de su dicha, todo le empujaba a buscarla, a probar fortuna por otros caminos. Sus compañeros partirían pronto hacia las tierras menos explotadas del territorio. ¡Y quién sabía! Recordaba otra vez conversaciones escuchadas al amor de la lumbre de la chimenea, en el casino confortable de su pueblo. Viajando así, a la ventura, era cuando los héroes de aquellas historias tropezaban con la mina salvadora, con el tesoro escondido, con el hombre verdaderamente grande, cuya ayuda era un tesoro también... Decidió:

—Hay que marcharse.

Acababa de surgir en su memoria la imagen de la criolla y la idea de su peligro. Recordó haberle dicho que tal vez acompañase a sus camaradas. Debía hacerlo, por lo tanto; debía demostrarle que sus artes de seducción, escollo de tantas vidas, no tenían para con él fuerza alguna. Huyó de ella durante las dos horas de viaje en el tren. Como por la mañana, Trujillo volvió a dejarle solo. Aunque desengañado respecto a tal mujer, necesitaba su libertad para dedicarse a otra conquista, la de una hija de Pumariaga, iniciada con éxito después de la doma. Quedó solo Daniel, y otra vez se refugió enteramente en la contemplación del campo, aquel campo tan luminoso a la mañana, y que ahora, entristecido por las sombras del crepúsculo, le daba una dulce y grata emoción de su tierra. Cuando el tren se detuvo en una estación campesina, hasta tocaban las campanas con un son evocador. El cielo, después, más allá de una masa confusa de árboles, se encendía todo, como un cielo de aldea en noche de romería.

La divina luz pareció iluminar su pensamiento y destacar la imagen de la novia lejana. Sintió entonces el rubor de todos sus actos del día. ¿Cómo pudo olvidarla tanto? ¿Por qué aquella ceguera de la tarde? ¿Cómo así rendirse ante una mujer que nada le importaba y en quien sería locura depositar un amor verdadero, teniendo llena el alma con aquel otro amor tan grande? ¿Era realmente más bella que su novia? Y se sonrió, compadecido del pensamiento torpe. ¡Más bella! ¿Qué valía el esplendor de estos ojos verdes, al lado de la dulzura de aquellos ojos castaños? ¿Dónde había sonrisa cual la de aquella boca, ni miel semejante a la miel bendita de su voz?

Ya el tren llegaba y suspiró consoladamente, como quien siente que acaba de escapar a un peligro. Entre la gente de los andenes, desde la plataforma del coche, vio a Estela. ¡Allá estaba otra vez, olvidada de todo cuanto con él acababa de pasarle, otra vez rodeada de hombres y riéndose alocadamente! Ni un momento pareció preocuparse de que alguien, entre aquella gente toda, pudiera pensar en ella y necesitar una mirada de sus ojos. Se alejó, indiferente y frívola, riéndose aún, haciendo reír, atenta sólo al instante en que vivía y a sacarle todo su zumo de placer. ¡Con qué odio la vio irse, así bella y magnífica y así impenetrable, casi hostil! Le pareció un enemigo, un enemigo que hubiera estado a punto de robarle el mayor, el único tesoro de su vida, y al llegar a casa, donde ya sus compañeros iniciaban la comida, alargó a Farfán la rosa de Estela, con verdadera prisa.

—Toma y guárdala. Anduvo todo el día sobre su pecho.

Farfán la sostuvo un rato entre sus manos, como un sacerdote puede sostener el más sagrado objeto del culto. La besó, la puso en un vaso a revivir, y aún la contempló conmovido.

—¡Todo el día sobre su pecho! ¡Todo el día con ella, latiendo a compás de su corazón!...

Pero de pronto se le anubarró el entrecejo al paso de una sospecha terrible. ¿Cómo estaba allí la rosa de su amada? ¿Cómo fué el conseguirla? ¿A qué artes había apelado Daniel para eso? Trujillo, testigo de aquel triunfo, contó la hazaña sin omitir detalle, hasta con una delicada alusión al peligro en que Daniel se viera y el recuerdo de la frase final exactamente repetida: «Tengo un amigo a quien hacer feliz.» Entonces Farfán de los Godos se levantó emocionado, y acercándose a Daniel le oprimió fuertemente contra su noble pecho.

—¡Perdona si un instante dudé de tí! ¡Eres como yo! ¡Eres de los hombres que ya no nacen!

Terminado el incidente, una voz sugestiva opinó que, en vista de lo ocurrido, Trujillo tenía, sin duda, perdida su apuesta. Y no le valió negarlo al bello hombre. Hasta Farfán descendió de las lejanas nubes por donde andaba para entrar de lleno en aquella realidad tan dulce.

—Has perdido, sí; no le des vueltas.

La opinión, unánime y tumultuosa, arrolló las protestas de Trujillo, le impidió toda defensa, le lanzó al trance de aumentar su deuda con Antón... Pronto el vino de España alegró los ojos de aquella gente nostálgica y pronto comenzó a calentarles los corazones. Olvidaron las vagas rencillas que pudieran apartar de otro a alguno de ellos, dieron las penas al aire, despreciando las ansias de cada

uno para sólo preocuparse del bien de todos, y se pensó en el motivo por el cual habían mandado representantes a la jira.

—¿Qué habéis conseguido?

Los informes de Trujillo, principal gestor del asunto, fueron desesperantes. ¡Nada! Aquella gente aplaudía, admiraba el plan, y ahí estaba todo. Dinero, ni soñar en que lo diese. La amargura del grupo, al oírle, no había sido mayor en ningún otro momento de su existencia colectiva. Pero no tardó en sonar una voz consoladora.

—El dinero yo os prometo encontrarlo.

Era Aguiar quien lo prometía y nadie se desilusionó con su promesa. Nunca se le había advertido entusiasmo alguno por aquella expedición, todavía no estaban probadas sus condiciones financieras; pero tampoco se le hubiera creído, hasta entonces, capaz de una hazaña como la de la tarde.

—¿Qué piensas hacer?

—Pronto habéis de saberlo. ¿No hubo quien pedía una triste palanca para mover el muudo? Pues yo, para conseguir todo el dinero que hace falta, pido únicamente cien pesos.

La desilusión cayó entonces sobre el grupo, densa y triste. Aguiar no advirtió nada y continuó exaltándose:

—Dadme los cien pesos y yo os aseguro que al día siguiente estaremos en condiciones de marcha.

—¿Piensas jugarlos?

—Dadme los cien pesos y no me preguntéis más. Dadme los cien pesos.

Ante aquella obstinación, ante aquella terquedad sublime, Farfán de los Godos llamó al dueño de la casa con tal voz, con tal imperio, que le hizo acudir, y sin perderlo de vista le dedicó uno de los más bellos, de los más elocuentes discursos de su vida.

—Esa cantidad miserable—dijo—no sólo te permite ayudar a una gran causa, sino que te deja realizar un negocio. Quedas libre, por mucho tiempo, para siempre acaso, de esta gente cuyas cuentas no comprendo siquiera cómo soportas. Si triunfamos, generosos como somos, no hay duda de que al repartir el botín te tendremos presente; de perecer en la demanda, pues eso vas ganando...

Supo hablarle al corazón, arrancarle los cien pesos, y al momento se puso a debate la jefatura de la hueste. Pasóse nuevamente revista a las grandes figuras de la Colectividad, ninguna de las cuales servía, y en el alma agradecida de Farfán germinó una inspiración.

—El jefe podías serlo tú, Aguiar, con las condiciones de valor y de hidalguía que acabas de poner patentes.



Pero Aguiar declinó el honor.

—Ese cargo, de desempeñarlo uno de nosotros, te pertenece a ti únicamente, Farfán. A ti, que ya has sido capitán efectivo de un gran Ejército...

Todos aprobaron, y Farfán, que aún se esquivaba por modestia, aceptó al fin. Cuando pidió a Antón más vino, un vino ilustre para festejar el nombramiento, la voz rodada con tal rumor de trueno, era tan de mando, que el propio Antón acudió con el vino mejor de la bodega y abrió las botellas personalmente y lo escanció, sin temblores de la mano, como un cruzado más de la gran causa.

Al día siguiente se sorprendió Daniel, tomando un coche que le llevase a las calles del Norte, al barrio de lujo donde Estela vivía. Descendió muy preocupado, otra vez descontento de sí mismo, y pasó por delante de la casa deseando que la terrible mujer no estuviese en los balcones, que no saliese en aquellos instantes, que no tuviera otra vez ocasión de compadecerle. La suerte le favoreció. Estela no estaba en ninguno de los balcones de la casa magnífica, hecha a imitación de las casas señoriales españolas. No estaba tampoco detrás de los cristales, ni en el breve y cuidado jardín que delante de la vivienda se extendía y podía verse al través de las barras de la verja...

Se alejó entonces, libre el pecho de una gran an-

gustia. Pero si realmente deseaba no verla, ¿qué le traía hacia tales sitios? Decidió que no estaba enamorado de tal mujer. No lo estaba, no; podía jurarlo. Era tan sólo que le mareaba con aquella belleza admirable y aquella alma misteriosa, que le atraía con su carácter equívoco cual puede atraer otra pasión, aun tal vez odiándola...

Sin renunciar a la amada dulce de su aldea, a la esposa futura y bendita, él quisiera acercarse al alma de esta otra mujer como simple curioso de un espectáculo interesante, ver la ciudad donde vivía reflejada en sus ojos, oír con frecuencia la música acariciadora de su voz, gustar un día acaso el sabor de sus besos. ¡Ah, si no fuese hija de quien era! ¡Que no le creyese uno de tantos con el cual jugar impuncemente! ¡Que no estuviese muy segura de poder marearle sin peligro! En su aldea había sido hombre de aventuras, y a pesar de llenarle el alma un amor tan grande y para toda la vida, sabía aún como se liba esa dulce miel de los amores ligeros. Imposible, sin embargo. Con un padre a quien tanto respeto debía, el amor que los uniese significaba un riesgo muy grande para las ansias verdaderas de su corazón. ¿Cómo llegar a mostrarle que la consideró tan sólo un pasatiempo amable? ¿Cómo abandonarla, si Estela, en vez de la coqueta capaz de todos los atrevimientos que en ocasiones le parecía, era tan sólo una ingenua llena de ansias honradas y grandes? Se alejó pensativo. Pasó unos días lleno con un agrio disgusto de sí propio. Y de pronto, hallándose una tarde en la oficina, he ahí que Gregorio, el portero nuevo, se le acerca con voz de sorpresa y de susto.

—La niña del presidente pregunta por usted.

—¿La niña del presidente?

—Sí, señor...

Salió intrigadísimo. Preocupado y nervioso entró en el escritorio de Iturbe, donde la muchacha esperaba. Ella explicó inmediatamente.

—Vengo a pedirle un servicio.

—Pues diga.

—¿Me lo hará?

—¿Si puedo!

—Puede.

—Pues diga entonces.

—No, prometa antes...

Sonrió malignamente.

—Porque vengo a interesarme por un muchacho.

Y todo el gusto con que Daniel la oía, todo el interés con que esperaba sus revelaciones, se le esfumaron al momento. ¡Venía a interesarse por un muchacho! ¿Y qué le importaba eso a él? ¿Por qué se lo decía con tal tono de lástima y tan petulante sonrisa? ¿Es que lo consideraba ya irremediable-

mente preso, como Farfán, en la seducción de sus encantos? Y el pensamiento voló hacia el infeliz amigo, cuyas ilusiones tropezaban de repente con otro obstáculo, con el obstáculo tal vez infranqueable de una rivalidad victoriosa. ¡Pobre Farfán! ¡De qué clase de persona había ido a enamorarse sin remedio! Lo compadeció como nunca al oír de nuevo a la mujer que aquel hombre tanto amaba y nuevamente reparar todavía en cuán bella era y cuántas y cuán poderosas las armas de su seducción. Como si hubiese seguido el curso de aquéllos pensamientos, la muchacha explicó el alcance de su frase, envolviéndole en una mirada terrible de dulzura y acaso de ironía.

—¿Es usted tan amigo de uno de mis pretendientes!

Y ya sin nuevas dilaciones comenzó a aclarar el enigma. Tratábase de cierto amigo suyo a quien ella, inocentemente, había puesto en un peligro serio. Pero antes de continuar creyó del caso unas aclaraciones respecto al propio carácter. Ella, como ya le había dicho, era un poco rara. Hacía una vida bastante independiente. Quería ganar para costearse sus caprichos, se hallaba algo metida en negocios, le placía la emoción de las carreras, jugaba... Y se interrumpió de pronto.

—Lo estoy escandalizando, ¿verdad?

Creyendo advertirle en el acento un vago matiz de orgullo, Daniel tuvo un gesto de tolerancia amplísima. Le dió su palabra de que no se escandalizaba por tan poco, y ella pareció sorprenderse.

—¿Lo temí! Acostumbrado a las mujeres tan caseras de su tierra...

—Allá también hay de todo. Siga.

—¿Hay de todo! ¡Qué manera de decirlo!

Y siguió, ya un poco menos dueña de sí misma. El muchacho estaba empleado, con cargo modesto, en uno de los principales Bancos del país. Pero europeo, de gran familia italiana, se tratataba con la mejor gente. Amigo suyo, la acompañó toda aquella temporada a las carreras. ¡Y qué temporada! ¡Ni un acierto! ¡Ni uno! Galante, dignísimo, aquel hombre no quiso jugar nunca a otros caballos y allí estaba lo terrible. Por galantería, por compartir su suerte aciaga, por dignidad exquisita, fué sacando del Banco cantidades muy superiores a su sueldo... Acababa de saberlo, acababa de saber que no podía devolverlas y que a fin de mes se descubriría todo...

Habló luego de una madre que el digno italiano tenía en su patria, lamentó aquella vida así destrozada por tan fútil motivo como el de haber sacado de un Banco la ridícula cantidad de diez mil pesos.

(Continuará).